1° CONCURSO NACIONAL DE CUENTOS PARA CHICOS Y CHICAS

¿QUIÉN APAGA LAS ESTRELLAS?

Ministerio de Educación
Presidencia de la Nación

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
Cristina Fernández de Kirchner

JEFE DE GABINETE DE MINISTROS
Jorge Capitanich

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Alberto Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN
Jaime Perczyk

JEFE DE GABINETE
Pablo Urquiza

SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA
Gabriel Brener

JEFE DE ASESORES DE LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
Daniel Pico

1° CONCURSO NACIONAL DE CUENTOS PARA CHICOS Y CHICAS

¿QUIÉN APAGA LAS ESTRELLAS?

PLAN NACIONAL DE LECTURA

edu ESCUELA DE ARTE

Programa Nacional de Educación Arte y Cultura

Asociación Madres de Plaza de Mayo

Presidenta Asociación Madres de Plaza de Mayo
Hebe Pastor de Bonafini

Directora del Espacio Cultural Nuestros Hijos
Teresa Parodi

Coordinadora Plan Nacional de Lectura
Adriana Redondo

Coordinador general ECuNHi
Jorge Espiñeira

Coordinadora Educación ECuNHi
Verónica Parodi

1º Concurso Nacional ¿Quién apaga las estrellas?
Coordinación: Adriana Redondo (PNL), Verónica Parodi (ECuNHi), Lucía Buceta (ECuNHi), Jéssica Presman (PNL)

Jurado: Laura Devetach (Presidenta), Ricardo Mariño, Ema Wolf, Margarita Eggers Lan (PNL), Lucía Buceta (ECuNHi)

Coordinadora editorial: Natalia Volpe (PNL)
Diseño gráfico: Juan Salvador de Tullio (PNL), Elizabeth Sánchez (PNL), Maru Monteserín (PNL), Sofía Gabrieludis (ECuNHi), Julieta Grynblat (ECuNHi)
Revisión: Silvia Pazos

Colección: ¿Quién apaga las estrellas?
Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2014

Los textos fueron cuidadosamente respetados.
Solo se modificaron aspectos ortográficos según la normativa vigente.

Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura
Pizzurno 935 (C1020ACA)
Ciudad de Buenos Aires
Tel: (011) 4129-1075 / 1127
planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, mayo de 2014

Para el Ministerio de Educación de la Nación, la publicación de esta colección constituye un reconocimiento a las chicas y chicos de todo el país que participaron en el certamen literario *¿Quién apaga las estrellas?* llevado a cabo con el Espacio Cultural Nuestros Hijos (ECuNHi).

Este certamen, concebido como un trabajo conjunto con Madres de Plaza de Mayo, ha tenido como consigna seguir la huella de una incógnita planteada por el gran Gustavo Roldán y a partir de ella, lanzarse a la hermosa aventura de escribir, sin más; las respuestas desbordaron las expectativas más optimistas y, en pocos meses, hemos recibido más de 700 trabajos. Entre esta frondosa diversidad, los hubo realistas y fantásticos, cortísimos y extensos; individuales y colectivos; el recorrido de estos textos nos dibujó un mapa de la Argentina tan grande y animado como lo es la misma geografía donde vivimos, de una punta a la otra de la patria. En las aulas, en talleres literarios barriales, junto a las familias y en distintos espacios comunitarios, las palabras se escribieron y leyeron. Las preguntas que estos espacios de lectura abrieron –porque toda palabra dicha abre un interrogante- fueron como caminos para imaginar nuevas miradas sobre el mundo que nos rodea.

Por todas estas cuestiones que tan importantes resultan para el mejoramiento de los aprendizajes, es que, para este Ministerio de Educación, ha sido y es un orgullo trabajar junto al ECuNHi y las Madres, en particular en un proyecto como el que aquí presentamos, el cual, afirmándose en la lectura, habilita la duda, promueve la imaginación e invita a la escritura. Saludamos por ello con alegría a quienes resultaron destacados, a todos los participantes, a sus familias y a nuestros compañeros, los educadores.

Alberto Sileoni
Ministro de Educación de la Nación

¿Qué otra ilusión más grande podía tener el ECuNHi, soñado y creado por las Madres de Plaza de Mayo, que este aluvión de niñas y niños escribiendo, reinventando la maravilla de la vida más allá, más acá y por encima de lo oscuro? Pues bien, esa ilusión es un hecho. Los convocamos a escribir, a multiplicar sueños, a descubrir palabras que abran las puertas a la imaginación. ¡Y cómo respondieron! De todo el país, para nuestra inmensa alegría.

Por eso aquí se llenan estas páginas con sus escritos y su poderosa manera de decir "queremos soñar con libertad y aprender a contar lo que soñamos de todas las formas posibles".

El Ministerio de Educación de la Nación auspició el proyecto y trabajó junto con las áreas de Educación y Letras del ECuNHi para hacer que este libro dé cabida a todas las voces.

Nos honramos hoy al presentar lo que hemos logrado. Las Madres sonríen con infinita emoción ante esta realidad que ellas provocaron desde su amor inagotable.

Agradezco una vez más poder dirigir esta hermosa tarea trabajando al lado de personas que cada día de la vida apuestan al porvenir.

Teresa Parodi
Directora del Espacio Cultural Nuestros Hijos

El Ministerio de Educación de la Nación y el Espacio Cultural Nuestros Hijos, de Madres de Plaza de Mayo, organizaron –en homenaje a Gustavo Roldán– el primer concurso nacional de cuentos ¿Quién apaga las estrellas? En él participaron 700 trabajos de más de 2.000 chicas y chicos de Salta, Tierra del Fuego, San Juan, La Pampa, Chaco, Río Negro, Córdoba y otras siete provincias. El primer premio fue para "Preguntosis", escrito por integrantes del taller literario municipal Barriletes en vuelo, de Colonia Caroya, Córdoba. El segundo, para "La torta universal", cuyos autores son de la ciudad de Córdoba. Además, obtuvieron menciones cuentos llegados desde Santa Cruz, Salta, Río Negro, CABA y Buenos Aires.

El jurado estuvo presidido por Laura Devetach y conformado por los autores Ricardo Mariño y Ema Wolf junto a Margarita Eggers Lan (Directora del Plan Nacional de Lectura) y Lucía Buceta (Coordinadora del área de Letras del ECuNHi).

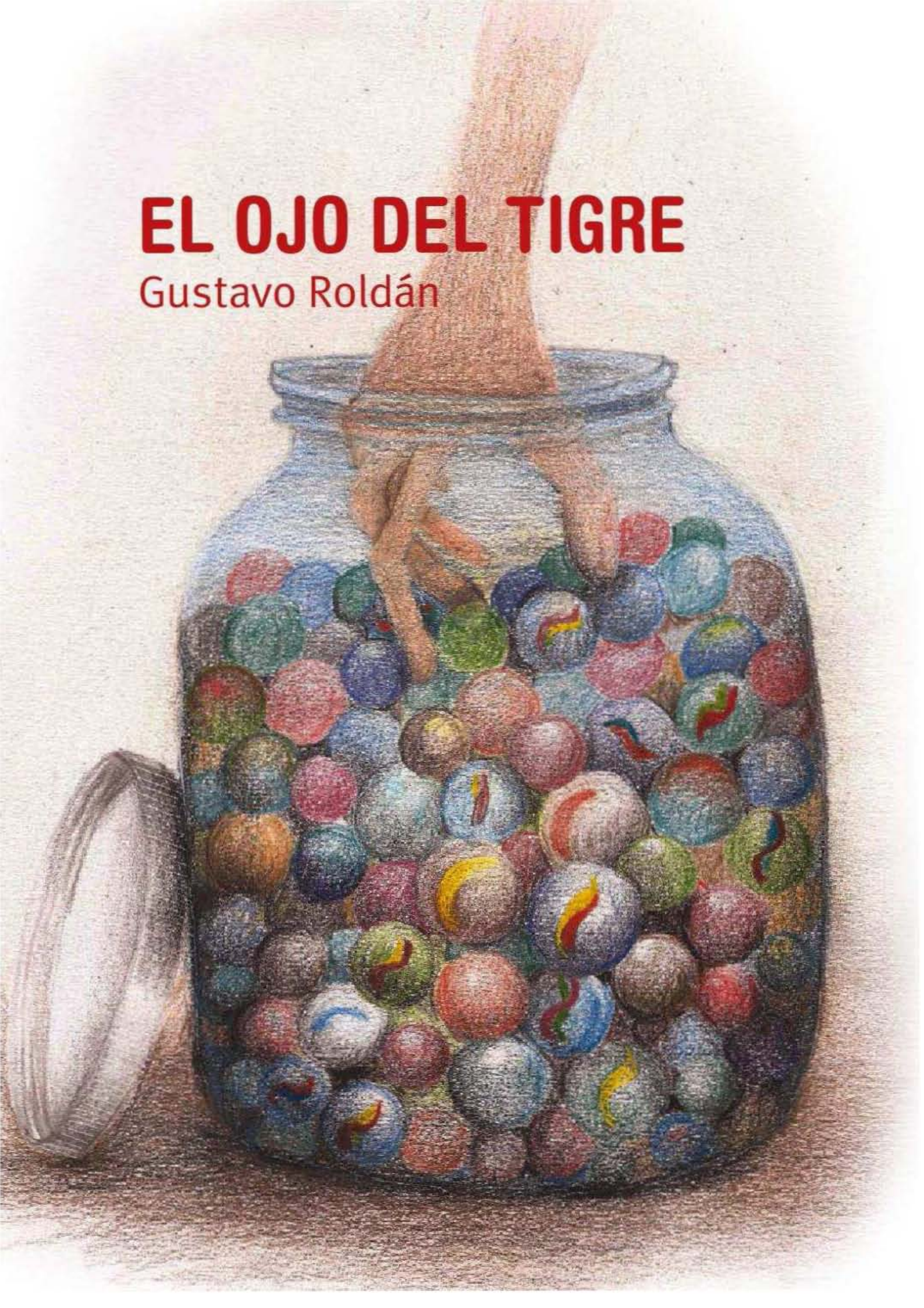
Pero esta vez los roles se invirtieron: fueron escritoras y escritores quienes leyeron a los chicos. Porque también de eso se trató este proyecto: de dar lugar a nuevas voces. Tanto desde el ECuNHi como desde el Ministerio de Educación de la Nación sostenemos que la democratización de la cultura no implica únicamente el disfrute de bienes culturales, sino también la participación popular en la producción y difusión de contenidos. Es por ello que en este libro la palabra es de los chicos y las chicas, que traen consigo esa energía positiva para crear e imaginar, para leer, soñar y divertirse. En esta transformación encontramos el sentido a la lucha de todos estos años, manteniendo la esperanza a flor de piel, al lado de cada persona de las miles que se acercan para ser parte de esta historia, que sigue creciendo, mirando hacia el futuro.

ECuNHi - Plan Nacional de Lectura

HOMENAJE A GUSTAVO ROLDÁN

EL OJO DEL TIGRE

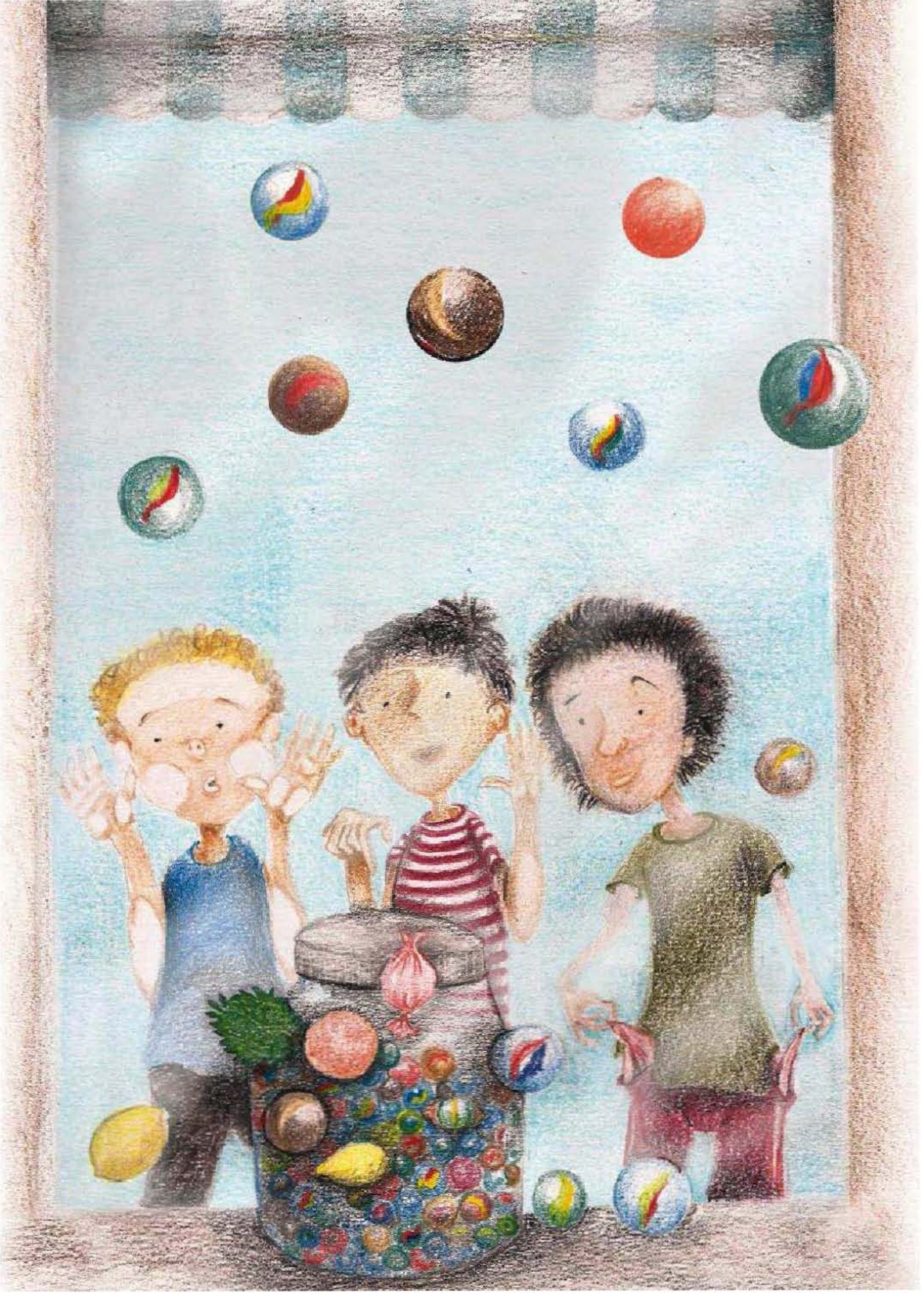
Gustavo Roldán



Ahí estaba, reluciente, casi imposible ojo de tigre que miraba fijo y hacía correr un estremecimiento por la piel. Rodeado de otros mil ojos era el único que importaba, el único que hacía poner los pelos de punta, que hacía secar la boca y sentir ese cosquilleo que casi se parecía al miedo.

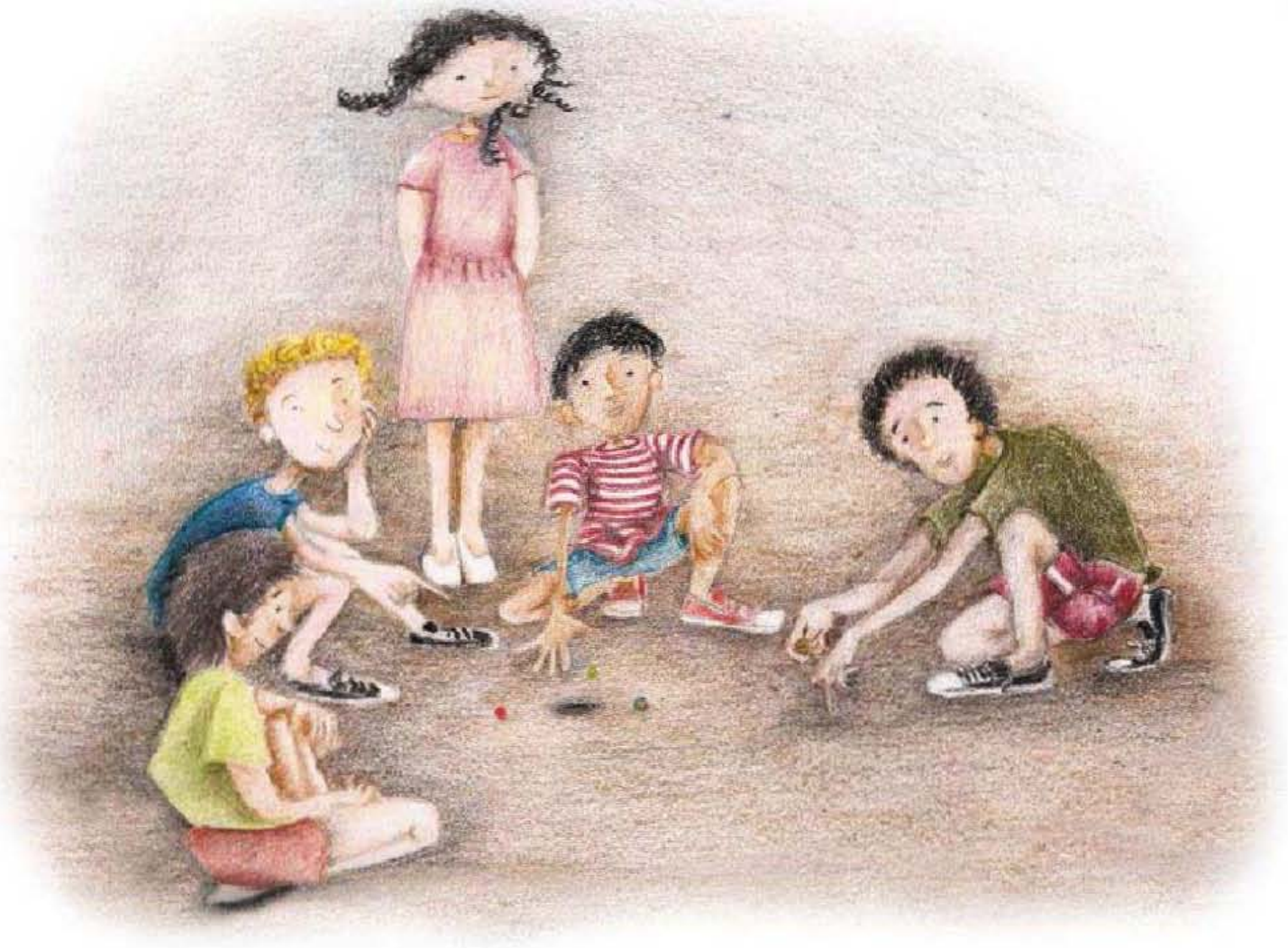
Desde el primer momento se llamó así, "el ojo del tigre". Y ahí estaba, como esperando la repetida visita del Negro, que pasaba mañana y tarde para mirarlo una y otra vez, entre las bolitas de

ese infinito frasco que guardaba los sueños de los chicos.
Las bolitas eran azules, verdes, rojas, amarillas, de colores mezclados, las más increíbles combinaciones que uno pudiera imaginar.
Atilio, el Negro, Miguel, todos los chicos pasaban algunos de sus mejores momentos con las narices pegadas a la vidriera, mirando el frasco de bolitas. Cada uno elegía esta y esta y aquella otra en una imposible elección porque todas eran hermosas. Y la más hermosa era esa roja con vetas verdes y blancas, hasta que se miraba la azul con tonos más claros y oscuros. Y los ojos solos saltaban al marrón y naranja que daba una sensación de movimiento o al amarillo limón que podía comerse como un caramelo. Y entonces comenzaban a cambiar los sabores, y del gusto a frutilla se pasaba a la menta, al sabor a naranja o al más ácido del limón y al más suave del dulce de leche. Y el olor de las frutillas se mezclaba con el olor de la menta, de las mandarinas, de las naranjas.
No era nada fácil decidirse por una o por otra.
–Para mí, tienen que ser todas –dijo Miguel sin poder elegir.
–Me gustaría ser el hombre invisible –dijo Atilio–. Me llenaría los bolsillos de bolitas y saldría corriendo.
–Que no se lleve la mía –murmuró el Negro pensando en el hombre invisible.
–¿Qué? –preguntó Atilio.
–No, nada... Pensaba nomás.
–Bueno –dijo Miguel–, me decido y basta. Tengo plata para una sola. ¿Ustedes tienen?
–Yo sí –dijo Atilio–. Para una. ¿Vos Negro?
El Negro metió las manos en los bolsillos del pantalón y los sacó para afuera. Se encogió de hombros y volvió a meter los bolsillos.



Entraron juntos, como con miedo por tanta responsabilidad de tener que decidirse por una sola bolita.
–¡Que no elijan el ojo del tigre! –pensaba el Negro como en un ruego.

El hombre los atendió con paciencia. De sobra conocía esos compradores que lo hacían perder una hora para comprar una bolita. Pero mientras no hubiera otros clientes... Y él también había sido chico...
Dieron vueltas y más vueltas poniendo las bolitas de a dos o de a tres juntas en la palma de la mano. Compararon una y otra vez, opinaron todos, discutieron, y al final, después de las últimas



indecisiones, Atilio y Miguel apartaron una piedra de luz cada uno. Entregaron sus monedas y con una última mirada al frasco, como para constatar que no se habían equivocado, salieron a la calle.
–¡Eh, muchacho! –dijo el hombre llamando al Negro que iba atrás–. ¿Y vos?
–¿Yo qué?
–¿No vas a llevar ninguna?
–No, señor, hoy no.
–Vení, te regalo una. Pero con una condición, no estés una hora como tus amigos para elegir.
El Negro sintió las piernas flojas, la boca se le secó mientras se acercaba al mostrador con los ojos clavados en el frasco de vidrio. Él no tendría ningún problema en elegir. Sabía cuál era la mejor.
Dentro del frasco brillaban los colores, pero ahora el ojo del tigre no estaba. Hizo girar el frasco hasta dar la vuelta completa. Como con burla lo miraban infinitos ojos rojos, azules, verdes, ojos que se continuaban uno al lado del otro y que eran hermosos, todos eran hermosos, pero al Negro no le importaban. Lo único que le importaba era encontrar el ojo del tigre y que no tenía tiempo para revolver todo el frasco de bolitas. Ahí, en algún lugar secreto, se había escondido justo en el momento que más necesitaba verlo.
El Negro sintió que el tiempo se le iba, que el trato era meter la mano y sacar una, que no tenía derecho a molestar a ese señor que había dicho "con una condición...".
Sintió bronca contra un destino que le tiraba tantas piedritas, sintió que podía sacar cualquier otra bolita, todas eran hermosas. Pero él no quería cualquier bolita.
–¿Y? –preguntó el hombre.

Fue amable, pero el Negro entendió que su tiempo estaba vencido.
–¿Puedo meter la mano? –preguntó con una voz que parecía rendirse.
–Claro –dijo el hombre.
El Negro hundió los dedos en una última jugada al azar haciendo la apuesta más grande del mundo. Tocó suavemente, casi sin respirar, esa oscuridad del centro del frasco, rozando con las yemas los escondidos soles de colores.
Tomó uno, como si tomara el destino, y sacó la mano apretando una bolita entre los dedos. Miró sin creer lo que estaba viendo.
El hombre alzó el frasco y lo puso otra vez en la vidriera.
–Chau, muchacho –dijo.
–Gracias, señor –dijo el Negro–, muchas gracias.
Salió caminando despacio, mirando el ojo del tigre que echaba luces en la palma de su mano.
El corazón le hacía un ruido que le llegaba hasta los pies.
–¡Mirá que sos suertudo, Negro! –dijo Atilio.
–Te estuvimos mirando por la vidriera –dijo Miguel–. ¡Si te hubieras visto la cara!
La cara del Negro se fue haciendo una pura sonrisa. Le brillaron los dientes. Comenzó a caminar sin decir nada.
Esa tarde la puntería del Negro ganó las aclamaciones de los chicos. No había dudas, era casi mágico ese ojo del tigre al que todos querían mirar de cerca y tocar.
Cuando las llamadas de las mamás marcaron la hora de entrar, los bolsillos del Negro estaban llenos de bolitas ganadas, y las miradas de los chicos mezclaban envidia y admiración. El Negro llegó a su casa flotando en una nube.
Se sacudió las piernas llenas de tierra y se limpió las manos en los

pantalones antes de entrar. La mamá del Negro lo miró de pies a cabeza y el Negro fue corriendo a lavarse, sin ninguna protesta. Hizo los deberes, hizo dos mandados, comió sin hablar con la boca llena, no les quitó nada de postre a sus hermanos, y hasta dejó que todos mirasen y tocasen el ojo del tigre. Su papá mostró todavía más entusiasmo que sus hermanos, lo que lo llenó de orgullo.
–A mí me hubiera gustado tener una bolita así –dijo.

A la hora de dormir se lavó las manos, los dientes, la cara. Sin protestar.
Esa noche el Negro soñó los sueños más hermosos. Soñó que volaba, y hacía mucho que no soñaba con esos vuelos tan suaves después del primer esfuerzo en partir.
Soñó que remaba en una canoa con la Cecilia y que la Cecilia cantaba guaranias para él. Y hacía mucho que no remaba y la Cecilia nunca le había cantado una guarania.
Soñó que corría montando un potro por un espacio enorme y lleno de luz. Soñó que miraba las estrellas, y las Tres Marías y la Cruz del Sur eran luces que se juntaban con las flores del jacarandá y el vuelo del picaflor.
Soñó que el sol comenzaba a comerse la noche y a dar algo así como una idea del reino perdido. Y entonces se despertó, con un rayo de sol que entraba por la ventana, justo justo para darle en los ojos y despertarlo.
–Pucha que estaban lindos los sueños –dijo–. Así da gusto dormir.
Sacó el ojo del tigre de debajo de la almohada. Lo hizo girar lentamente entre los dedos, como para no dejarlo nunca.
Pero todavía faltaba lo más importante. Ahora sí que iba a ser el día... No había sido fácil decidirse. Ese ojo del tigre era una cosa única, estaba seguro de que no existía en el mundo nada igual.

Se preparó para ir a la escuela. Temprano, con tiempo de sobra, tomó el desayuno.

–Estás contento, Negro –dijo la mamá del Negro–. ¿Qué te pasa?

–Debe estar planeando alguna de sus barrabasadas –dijo el papá del Negro.

–Y... un poco las dos cosas –dijo el Negro.

Cuando llegó a la escuela solo había algunas chicas. Ya se sabe que las mujeres siempre llegan temprano a la escuela.

Con las manos en los bolsillos se acercó adonde estaba la Cecilia. Sacó la mano cerrada y, como de paso, dijo:

–Tomá Cecilia, es para vos.

Los bolsillos del Negro quedaron vacíos, llenos de bolitas de todos colores, pero vacíos, ahora que ya no era más el dueño del ojo del tigre. Y le resultaba raro tener los bolsillos tan vacíos pero la boca y los ojos tan llenos de ganas de reír.

GUSTAVO ROLDÁN

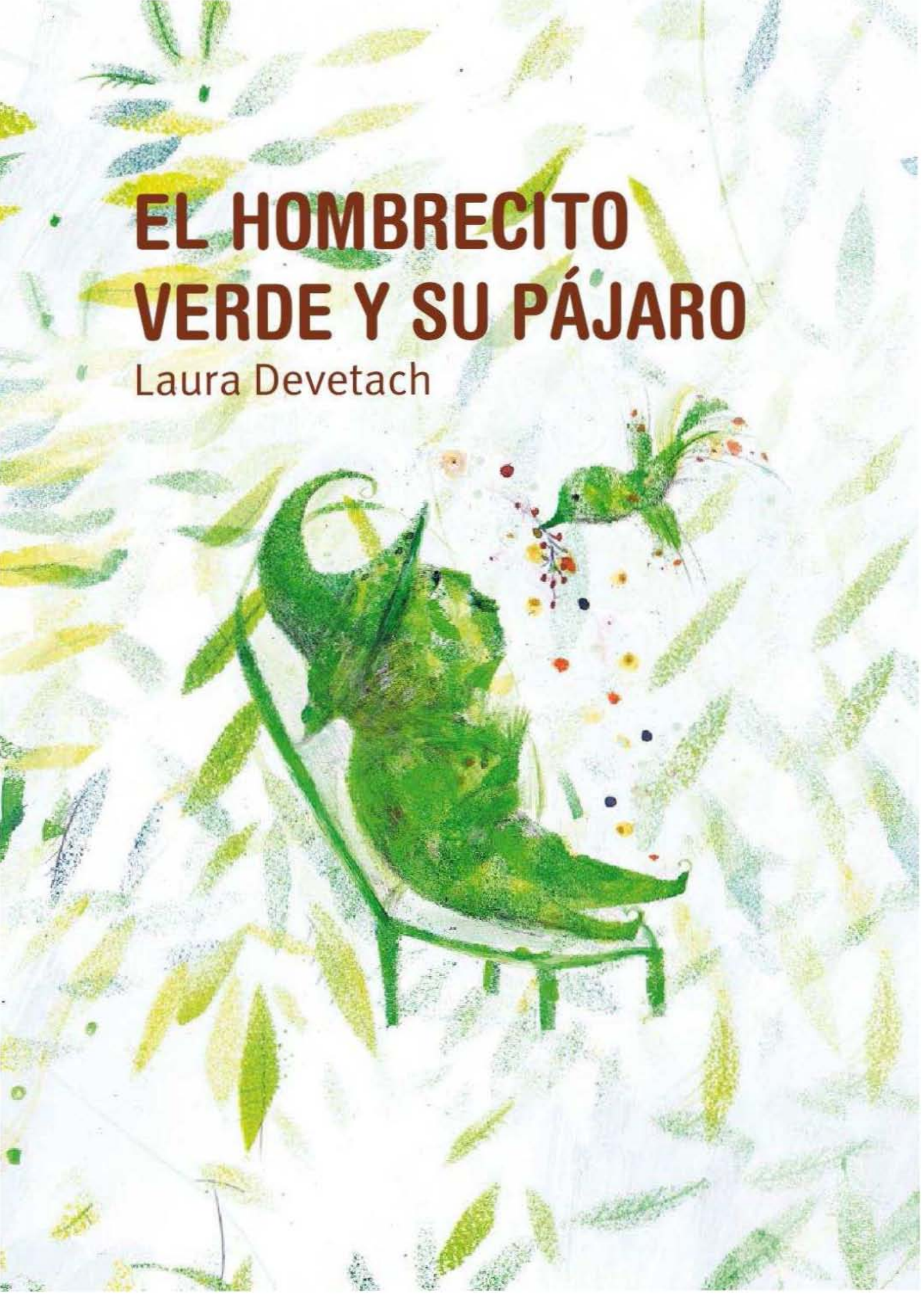
Nació en el Chaco, en 1935 y creció en el monte, en Fortín Lavalle. Por su libro *Como si el ruido pudiera molestar* mereció el tercer premio Nacional de Literatura (1992); por *Todos los juegos el juego*, el segundo premio Nacional de Literatura (1995). Fue premio Konex en 1994 por la totalidad de su obra, y en 2002 obtuvo el premio Pregonero de Honor. En el 2004, nuevamente premio Konex por la totalidad de su obra.

Entre sus libros figuran: *Como si el ruido pudiera molestar* (1986), *El carnaval de los sapos* (1986), *Sapo en Buenos Aires* (1989), *Penas de amor y de mar* (1990), *Todos los juegos el juego* (1991), *La noche del elefante* (1995), *Crimen en el arca* (1996), *El último dragón* (1997), *Dragón* (1997), *La leyenda del bicho colorado* (1998), *Historias del piojo* (1998), *Cuentos del zorro* (1999), *Cuentos de mundos lejanos* (2002), *El camino de la hormiga* (2004), *El vuelo del sapo* (2005).

"El ojo del tigre" en *Todos los juegos el juego*
© Gustavo Roldán, 1991
© Ediciones Santillana S.A, 2014
Ilustraciones: © Ernesto Navarro Moreno

EL HOMBRECITO VERDE Y SU PÁJARO

Laura Devetach



El hombrecito verde de la casa verde del país verde tenía un pájaro.
Era un pájaro verde de verde vuelo. Vivía en una jaula verde y picoteaba verdes verdes semillas.
El hombrecito verde cultivaba la tierra verde, tocaba verde música en su flauta y abría la puerta verde de la jaula para que su pájaro saliera cuando tuviera ganas.

El pájaro se iba a picotear semillas y volaba verde, verde, verdemente.
Un día en medio de un verde vuelo, vio unos racimos que le hicieron esponjar las verdes plumas.
El pájaro picoteó verdemente los racimos y sintió una gran alegría color naranja.
Y voló, y su vuelo fue de otro color. Y cantó, y su canto fue de otro color.

Cuando llegó a la casita verde, el hombrecito verde lo esperaba con verde sonrisa.
–¡Hola pájaro! –le dijo.
Y lo miró revolotear sobre el sillón verde, la verde pava y el libro verde.

Pero en cada vuelo verde y en cada trino, el pájaro dejaba manchitas amarillas, pequeños puntos blancos y violetas. El hombrecito verde vio con asombro cómo el pájaro ponía colores en su sillón verde, en sus cortinas y en su cafetera.

–¡Oh, no! –dijo verdemente alarmado.
Y miró bien a su pájaro verde y lo encontró un poco lila
y un poco verdemar.
–¡Oh, no! –dijo, y con verde apuro buscó pintura verde
y pintó el pico, pintó las patas, pintó las plumas.
Verde verdemente pintó a su pájaro.

Pero cuando el pájaro cantó, no pudo pintar su canto. Y cuando el pájaro voló, no pudo pintar su vuelo. Todo era verdemente inútil.

Y el hombrecito verde dejó en el suelo el pincel verde y la verde pintura. Se sentó en la alfombra verde sintiendo un burbujeo por todo el cuerpo. Una especie de cosquilla azul.

Y se puso a tocar la flauta verde mirando a lo lejos. Y de la flauta salió una música verdeazulrosa que hizo revolotear celestemente al pájaro.

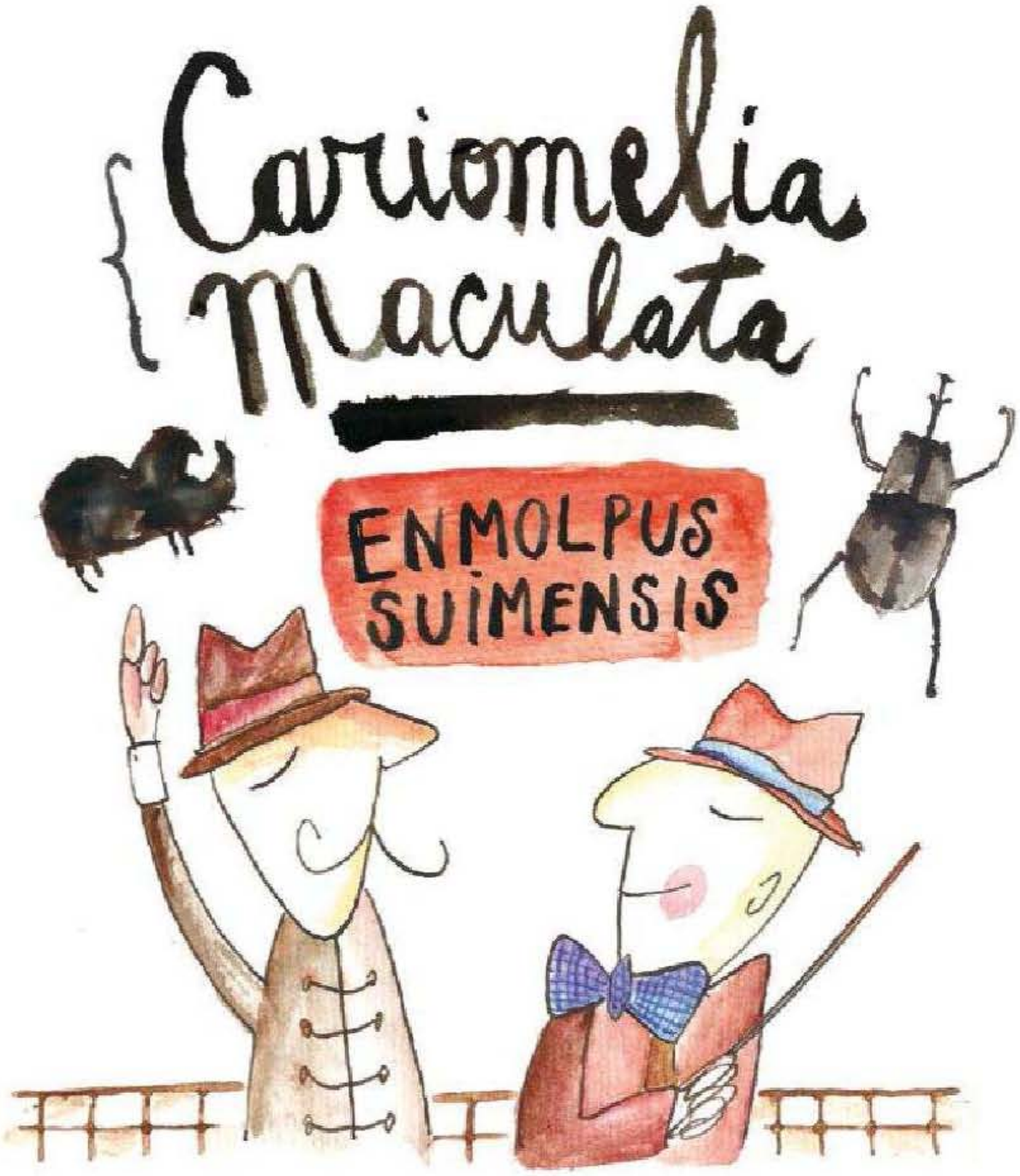
LAURA DEVETACH

Nació el 5 de octubre de 1936 en Reconquista, Santa Fe. Es escritora e investigadora de literatura. Fue codirectora de colecciones de libros para niñas y niños. Es autora de teatro infantil, libretos televisivos, literatura para adultos, canciones. Realizó colaboraciones en radio, televisión y periodismo gráfico. Recibió numerosos reconocimientos, tales como: Premio Casa de las Américas, Premio Fondo Nacional de las Artes, Premio Octogonal de Francia, Destacados de Alija 2004. Su libro *La torre de cubos* sufrió la censura de la dictadura militar. Los cuentos de Devetach hablaban de la vida cotidiana –los padres y las madres que trabajan, las familias a las que no les alcanza la plata– en una época en que la literatura infantil recién comenzaba a consolidarse.
Entre sus obras figuran: *Monigote en la arena, Historia de una ratita, Picaflores de cola roja, El ratón que quería comerse la luna, El paseo de los viejitos.*

"El hombrecito verde y su pájaro" en *El hombrecito verde y su pájaro*
© Laura Devetach, 2012
© Ediciones Santillana S.A, 2014
Ilustraciones: © Fernanda Bragone

LOS DUELISTAS

Ema Wolf



En otras épocas batirse a duelo era algo muy común, aquí y en cualquier parte. Los hombres se iban a las armas por una miga de pan y terminaban muertos o estropeados pero con el honor limpio.

Se dio el caso de dos naturalistas que discutieron por el nombre de un escarabajo. Mientras uno decía que era una cariomelia maculata, el otro decía que era un enmolpus suimensis.

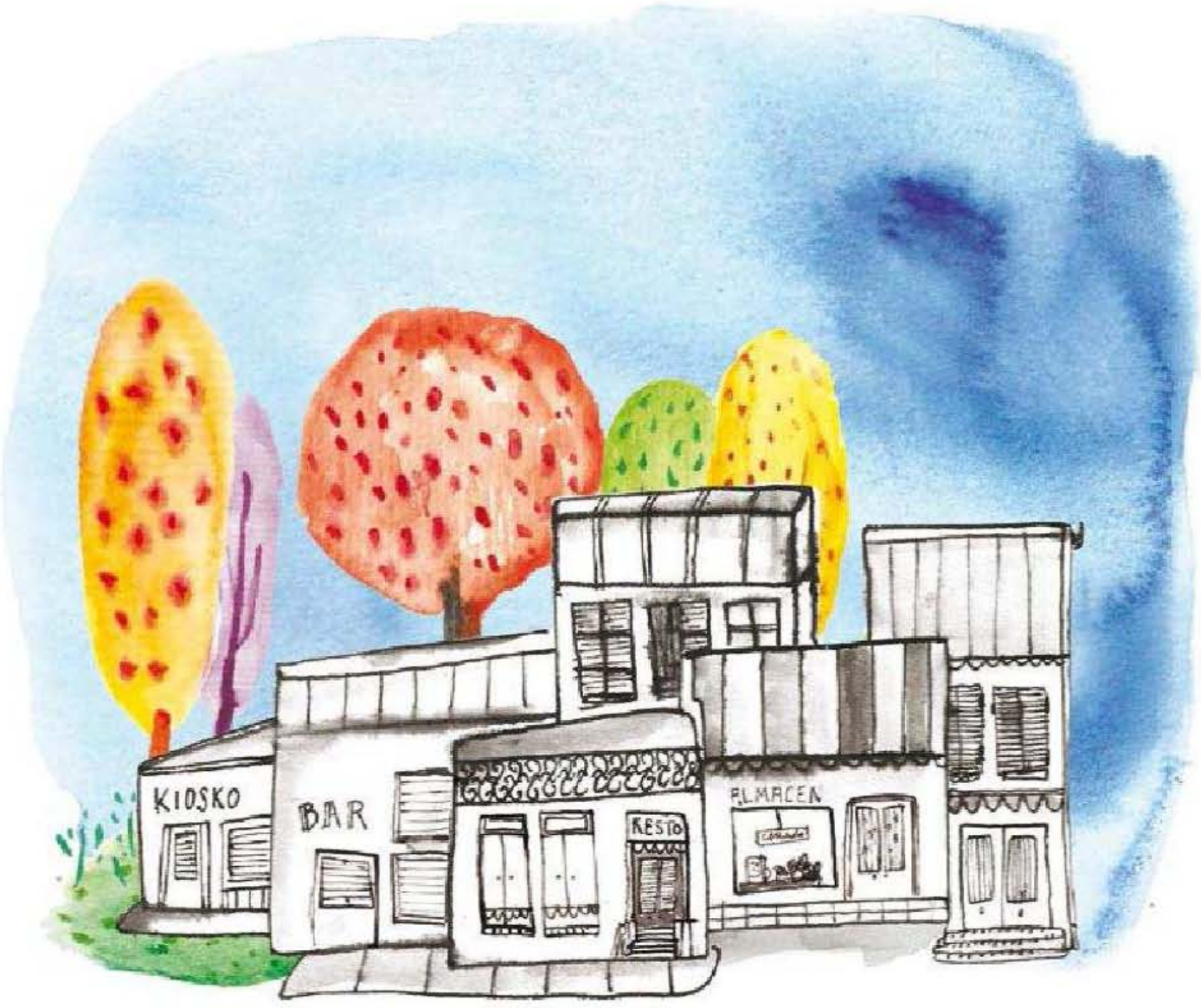
Después de haberse llamado “burro” uno al otro durante años en cualquier momento y lugar, aun habiendo gente delante, se desafiaron.

Cuentan que uno le tiró al otro su guante en la cara -usaban guantes de jardinero- y que el otro recogió el guante y dijo:
–Le mandaré mis padrinos.

Nadie quería perderse un duelo entonces. Cuando se corría la voz de que había uno, todo el mundo hacía sus preparativos.
Como los duelos se celebraban en bosquecitos de las afueras, grandes y chicos cargaban sus canastas de picnic y se iban para allá bien temprano para conseguir una buena ubicación.
En el pueblo, los dueños de los negocios ponían un cartel que

decía “Cerrado por duelo” y aprovechaban para pasar el día al aire libre.

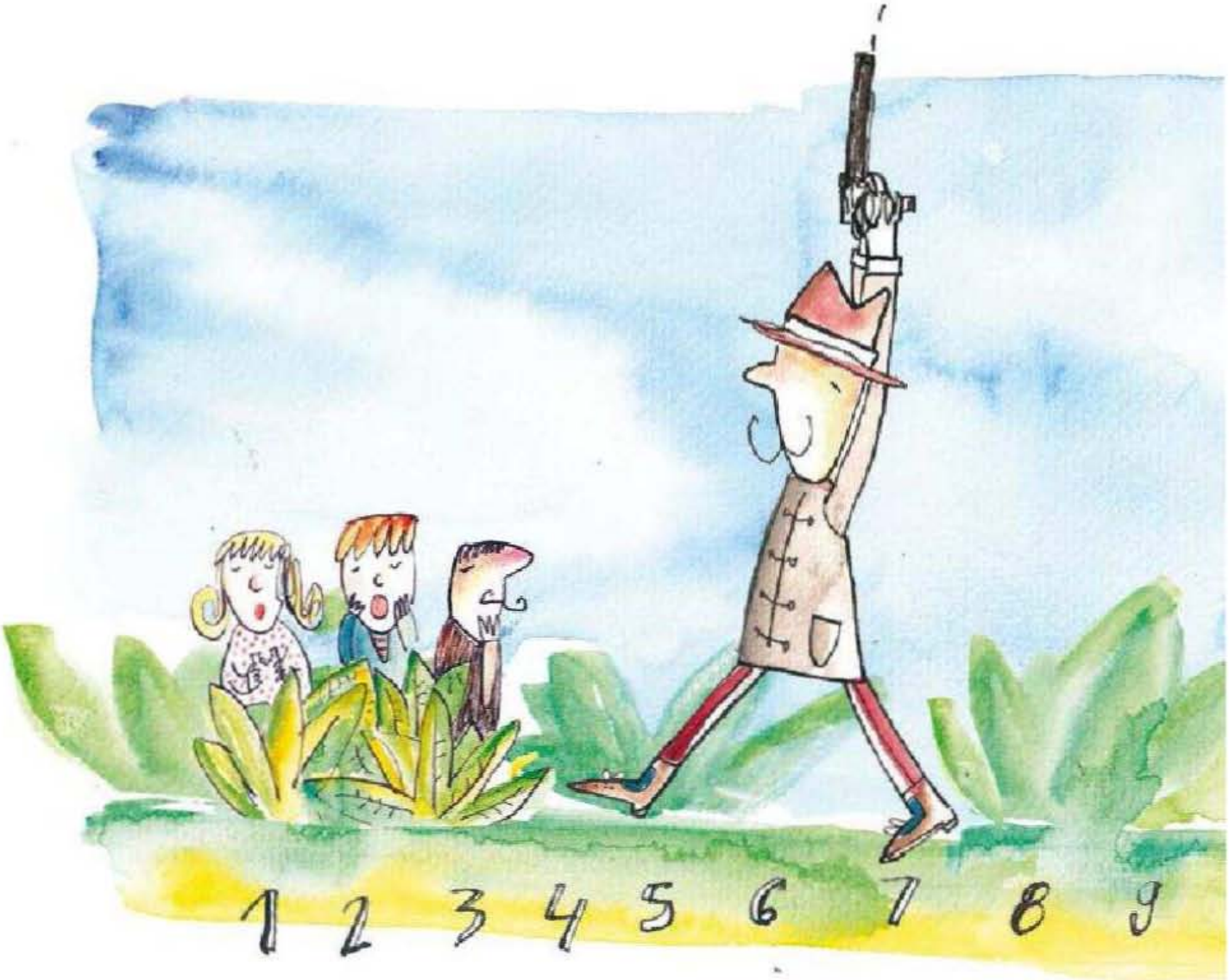
Cuando los naturalistas se desafiaron era primavera. El rocío cubría el campo y un lindo sol había despejado las brumas de la madrugada. No faltó nadie.



Los dos rivales llegaron acompañados de sus padrinos, que se saludaron con la mejor onda porque se conocían de otros duelos.

Repasemos un poco cuál es la misión de los padrinos en un duelo:

Primero tienen que lograr que los duelistas se levanten al amanecer, algo ya bastante difícil considerando que a nadie le gusta madrugar, y menos por eso. Después, recordarles que deben llevar pistolas y balas. Llegado el momento, asegurarse de que las pistolas estén cargadas, porque nunca falta un volado que se olvida del detalle. Luego deben hacer un último esfuerzo por reconciliar a los dos rivales, que en el caso de los naturalistas no dio resultado. Hasta cuando los pusieron



espalda contra espalda siguieron llamándose “burro” e insistiendo con el nombre del escarabajo.
–Es una cariomelia maculata.
–No, es un enmolpus suimensis.
A la voz de “ya” los dos empezaron a caminar en direcciones opuestas con las pistolas encañonando el cielo. Contaban los pasos, que tienen que ser veinte.
El bosque se paralizó. La gente dejó de masticar.
Al llegar al paso diecinueve, uno de los duelistas descubrió un pequeño saltamontes rubio con un raro par de antenas espiraladas que saltaba de mata en mata. Al otro se le cruzó una libélula mañanera de alas tornasoladas, nunca vista antes, no por él al menos, ya que no solía andar por ahí tan temprano.

Uno y otro se echaron a trotar detrás de su insecto dando gritos de placer, totalmente olvidados de lo que habían ido a hacer ahí. En la esperanza de atraparlo tiraban manotadas al aire y dejaron caer las pistolas.
La gente los vio alejarse correteando en zig zag.
Uno se perdió en un monte de eucaliptos y el otro desapareció detrás de un barranco.

Los padrinos los suspendieron por tres fechas. Hubo silbidos, todo el mundo se sintió estafado. No se produjeron desórdenes, sin embargo, y el día de picnic terminó en paz.

EMA WOLF

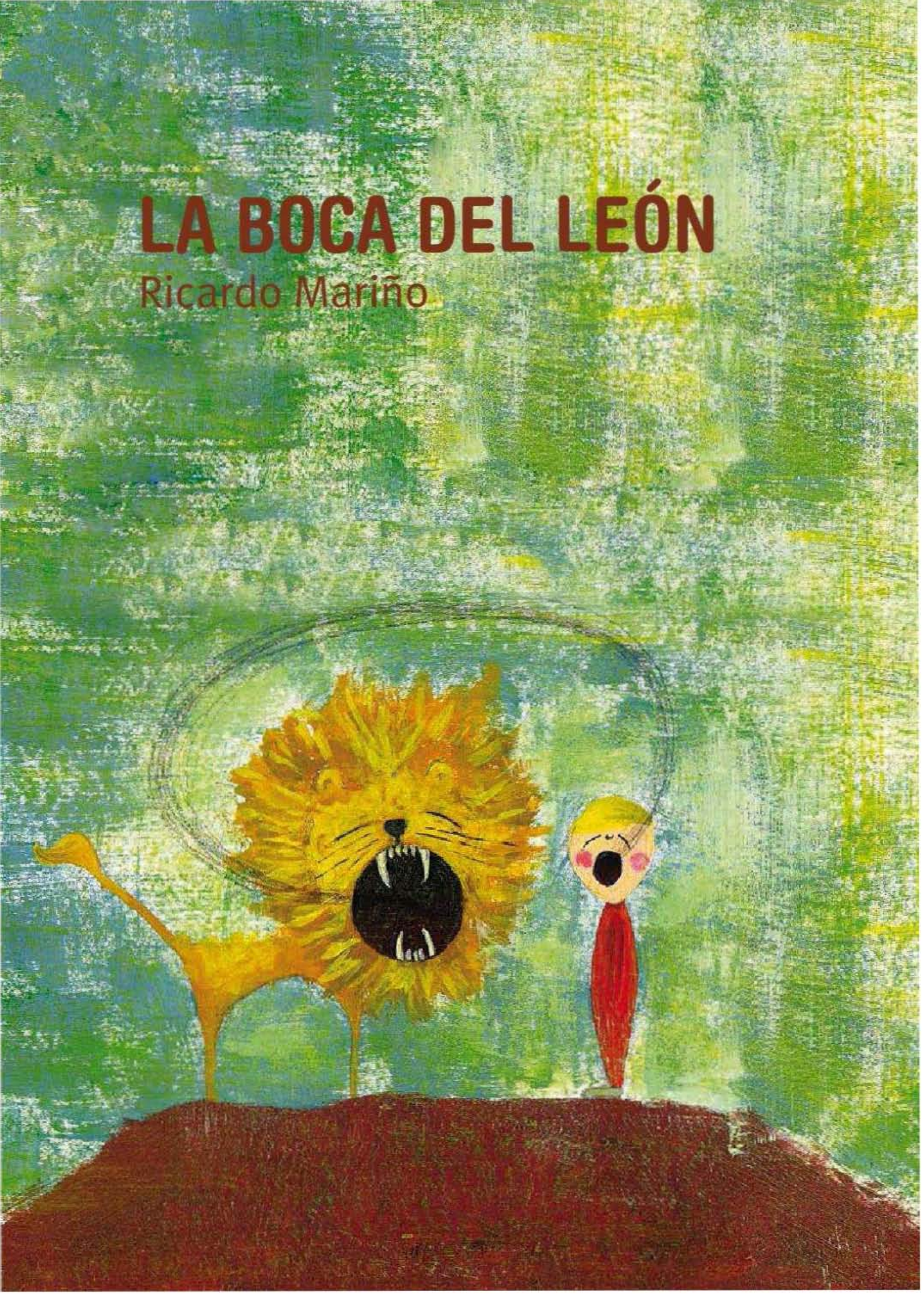
Nació en Carapachay, provincia de Buenos Aires en 1948. Es escritora y ha colaborado en publicaciones periodísticas. Obtuvo numerosos premios, entre ellos el de la Fundación Konex y el Nacional de Literatura Infantil 1994. Muchos de sus libros fueron traducidos a varios idiomas.

Fue candidata por la Argentina al Premio Hans Christian Andersen y finalista en el Casa de las Américas. Ganadora del Premio Alfaguara de España por su novela para adultos *El turno del escriba* en colaboración con Graciela Montes. Entre sus obras figuran: *Filotea; Los imposibles; Maruja; La aldovranda en el mercado; Pollos de campo; La sonada aventura de Ben Malasangüe.*

© Ema Wolf. "Los Duelistas"
Ilustraciones: © M.Billinghurst

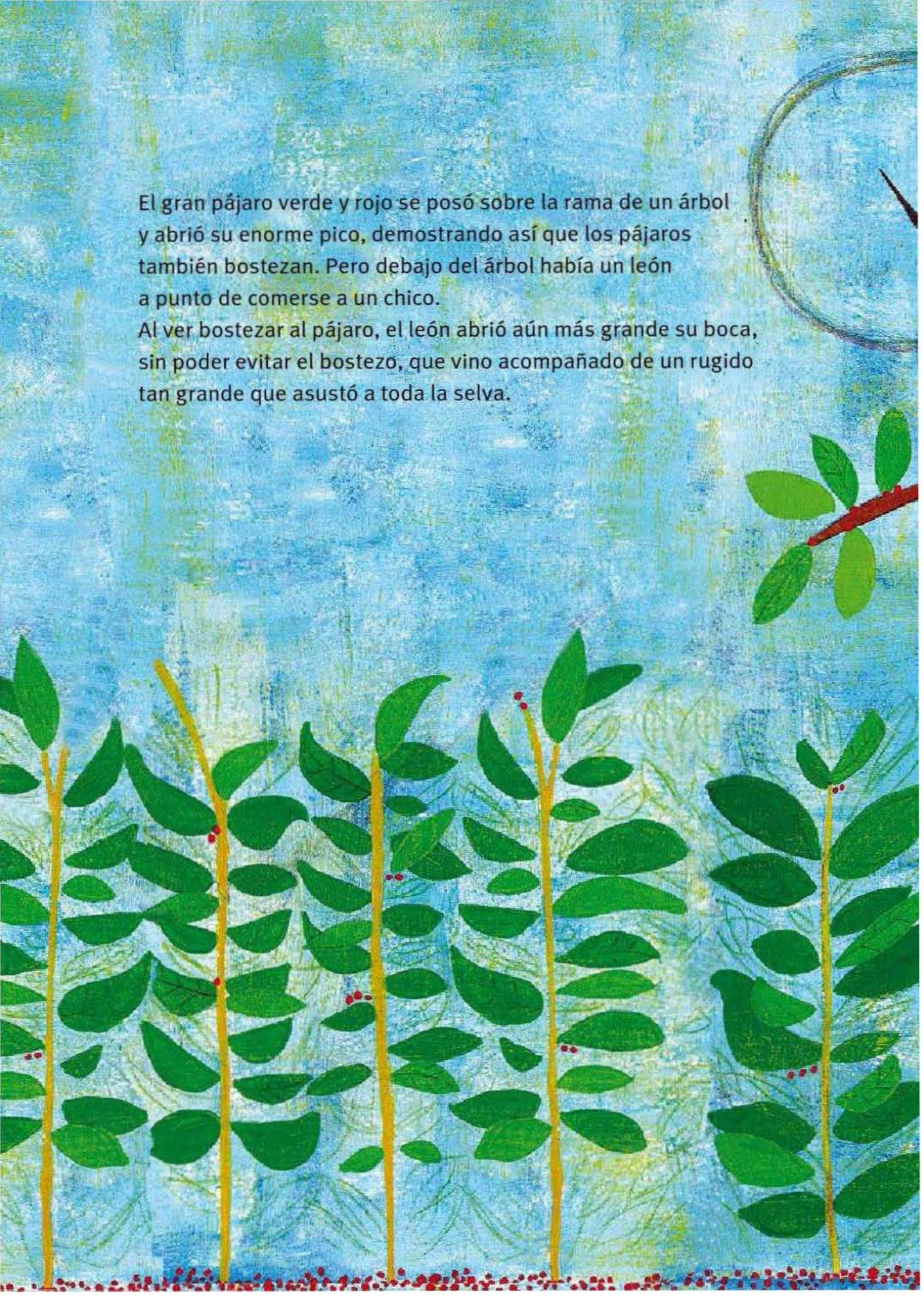
LA BOCA DEL LEÓN

Ricardo Mariño



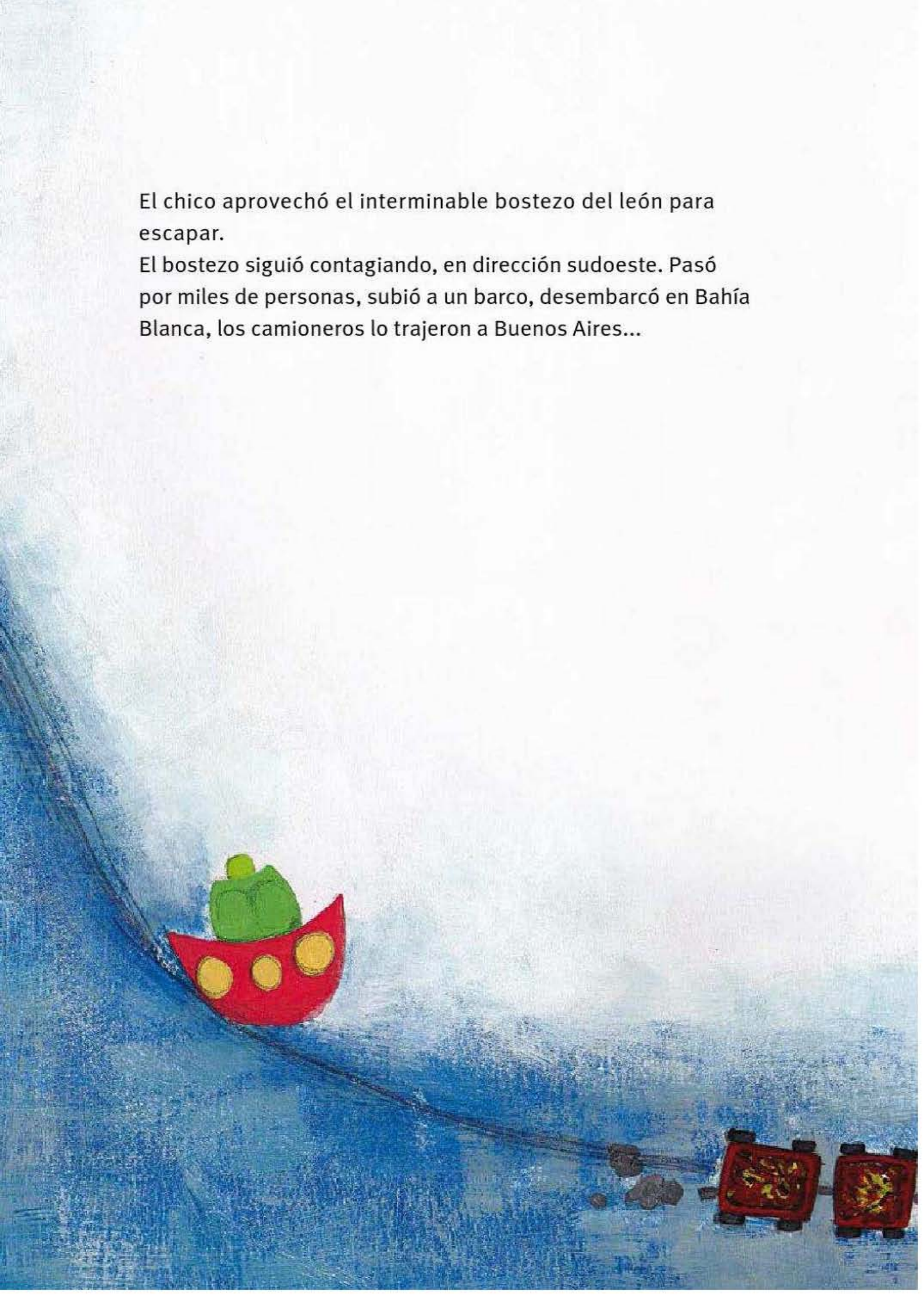
Un hombre que vivía en Buenos Aires soñó que en un lugar
de la selva un león estaba a punto de comerse a un niño.
En el sueño, el león tenía abiertas sus fauces y a su lado el chico
estaba paralizado de miedo. Cuando el león abrió aún más su
boca y estaba a punto de tragarse al chico, el hombre se despertó.

Todavía asustado por la pesadilla, el hombre saltó de la cama y caminó hasta la ventana de su cuarto. Estiró los brazos, abrió la boca casi como el león de su sueño, y bostezó largamente.
Un ciclista que justo pasaba por allí vio la boca abierta y los brazos estirados del hombre y él mismo bostezó, frenando su bicicleta para dejar paso a un colectivo.
El chofer de la línea 39 miró al ciclista y quedó contagiado de su bostezo.
El pasajero que iba en el último asiento vio por el espejo cómo bostezaba el conductor y bostezó él, sacando la cabeza por la ventanilla.
La viejita que estaba parada en la vereda, esperando que pasara el coche que llevaba al presidente argentino y al de Senegal, bostezó contagiada por el hombre del colectivo.
Al pasar saludando, el presidente argentino miró a la viejita y bostezó. De inmediato le pidió disculpas a su colega de Senegal, sentado a su lado, quien también bostezó.
La imagen de los dos presidentes bostezando pudo verse en el televisor de un hotel de la República de Senegal. Del grupo de turistas japoneses que salían del hotel senegalés, el último alcanzó a ver la pantalla del televisor de la recepción, donde estaban dando el noticiero, con las dos bocazas de los presidentes bostezando. El turista japonés bostezó antes de subir al ómnibus turístico y contagió a un guardaparques que pasó por ese mismo lugar a toda velocidad en su jeep.
Al bostezar, el guarparques contagió al jefe de los zulúes, que estaba escondido entre las palmeras que bordeaban el camino, esperando la oportunidad para atacar la ciudad.
Uno a uno fueron bostezando los quinientos guerreros zulúes y el último de ellos contagió a un gran pájaro verde y rojo que pasó volando sobre su cabeza.



El gran pájaro verde y rojo se posó sobre la rama de un árbol y abrió su enorme pico, demostrando así que los pájaros también bostezan. Pero debajo del árbol había un león a punto de comerse a un chico.
Al ver bostezar al pájaro, el león abrió aún más grande su boca, sin poder evitar el bostezo, que vino acompañado de un rugido tan grande que asustó a toda la selva.

El chico aprovechó el interminable bostezo del león para escapar.
El bostezo siguió contagiando, en dirección sudoeste. Pasó por miles de personas, subió a un barco, desembarcó en Bahía Blanca, los camioneros lo trajeron a Buenos Aires...



Hay un solo bostezo, el único.
Hay un solo bostezo, siempre el mismo, que va de un lado a otro
y ahora viene hacia aquí... ahhhhh...

RICARDO MARIÑO

Nació en Chivilcoy, en 1956.
Es escritor, periodista y guionista. Publicó más de sesenta libros para chicos. Algunos de sus títulos son: *Cuentos ridículos; Botella al mar; El mar preferido de los piratas; Recuerdos de Locosmos; El insoportable; En el último planeta; El héroe y otros cuentos.*
Entre otras distinciones recibió el Premio Casa de las Américas en 1988, el Premio Konex a la trayectoria en dos oportunidades (1994 y 2004) y obtuvo varias recomendaciones de publicación de IBBY Internacional.

"La boca del león" en *Botella al mar*
© Ricardo Mariño, 1999
© Ediciones Santillana S.A, 2014
Ilustraciones: © Nadia Mastromauro

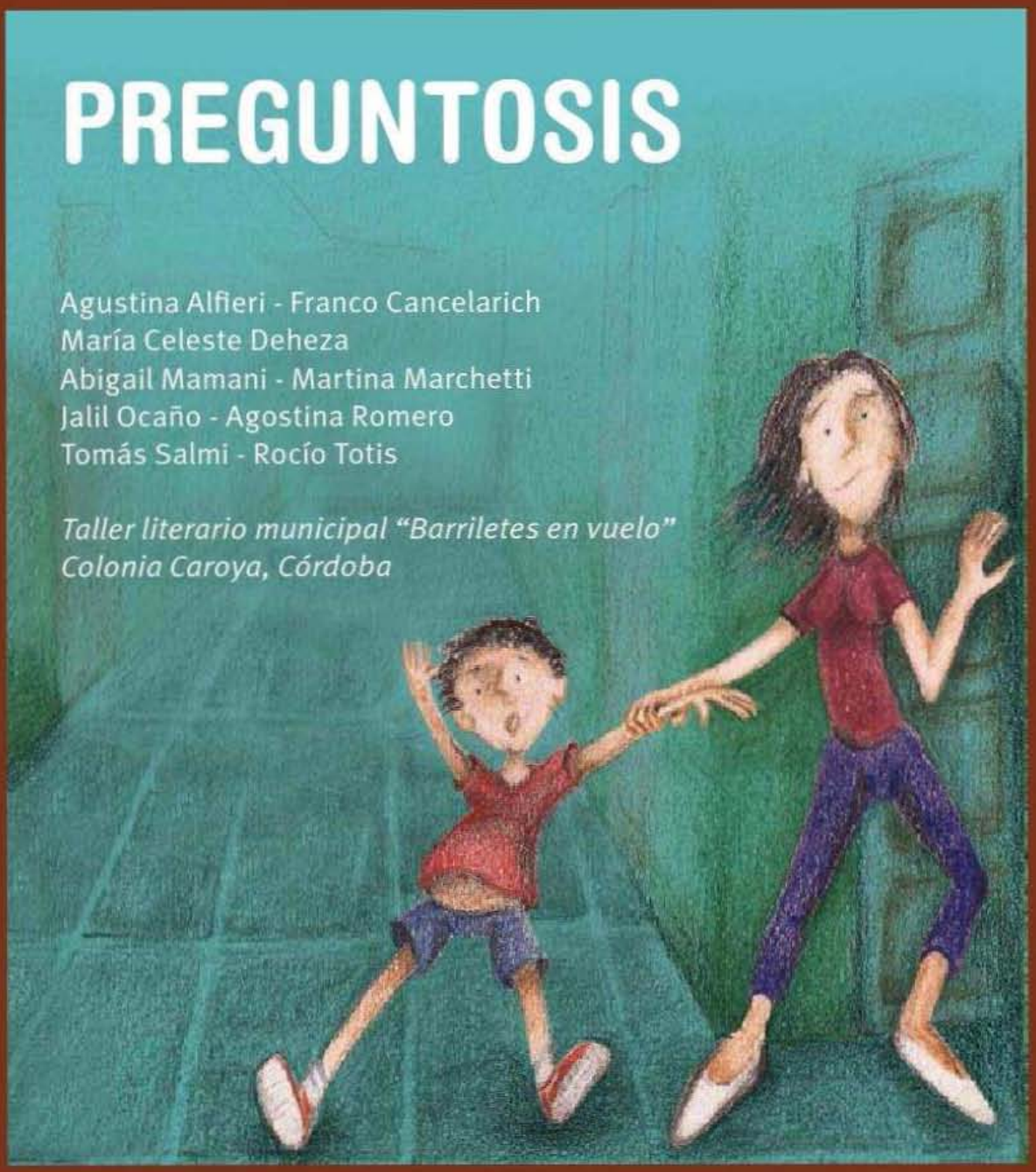
CUENTOS PREMIADOS

PRIMER PREMIO

PREGUNTOSIS

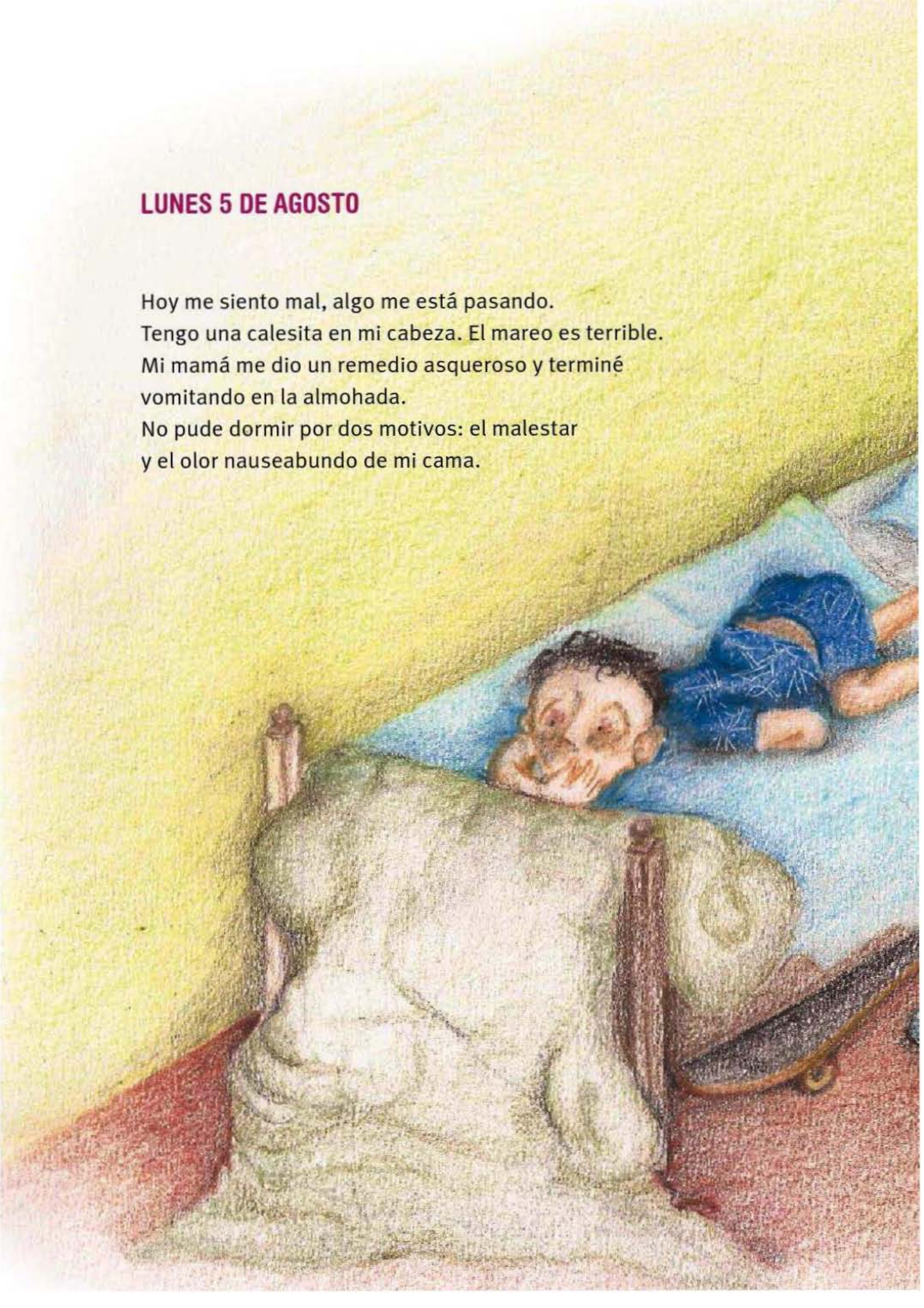
Agustina Alfieri - Franco Cancelarich
María Celeste Deheza
Abigail Mamani - Martina Marchetti
Jalil Ocaño - Agostina Romero
Tomás Salmi - Rocío Totis

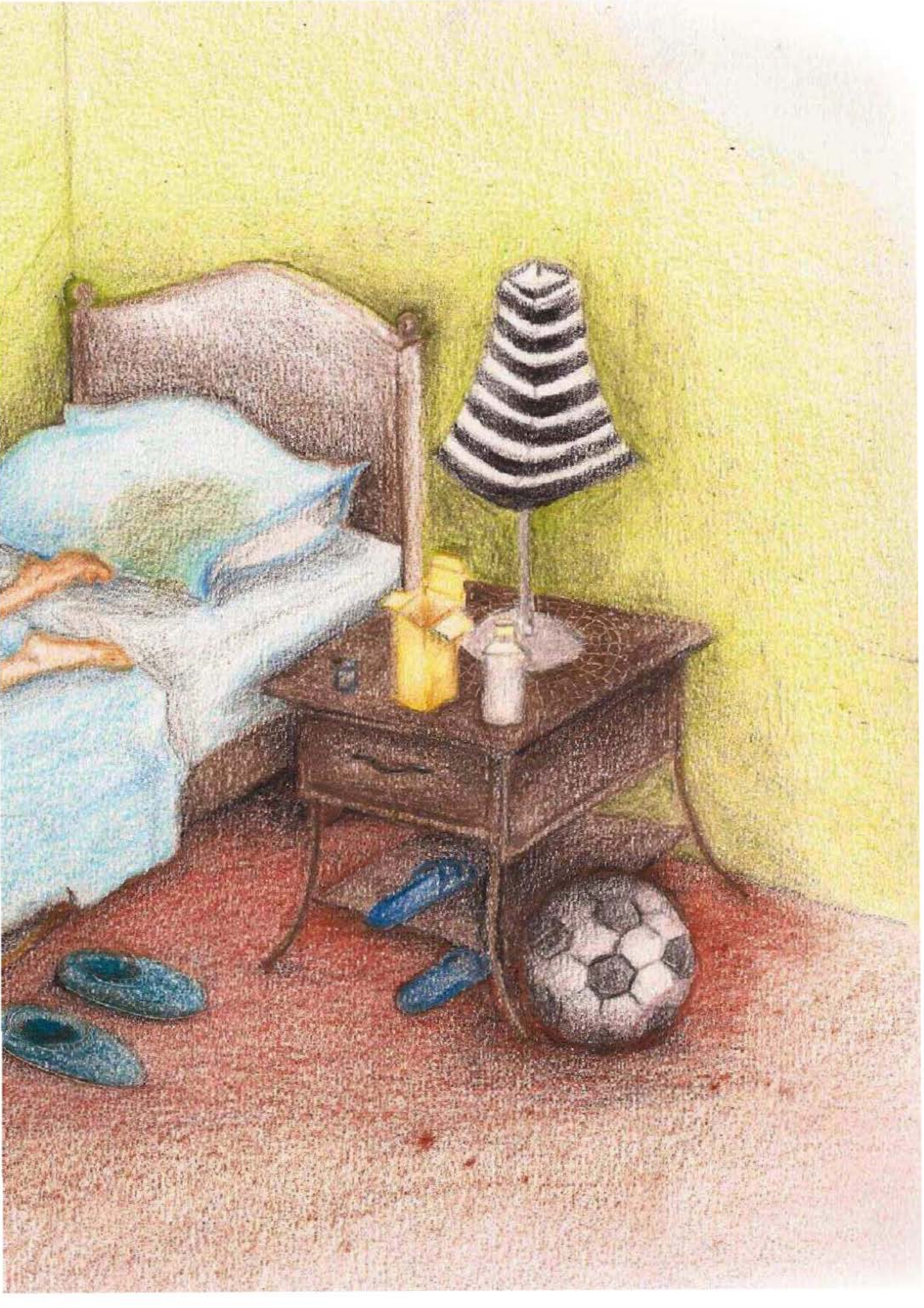
Taller literario municipal "Barriletes en vuelo"
Colonia Caroya, Córdoba

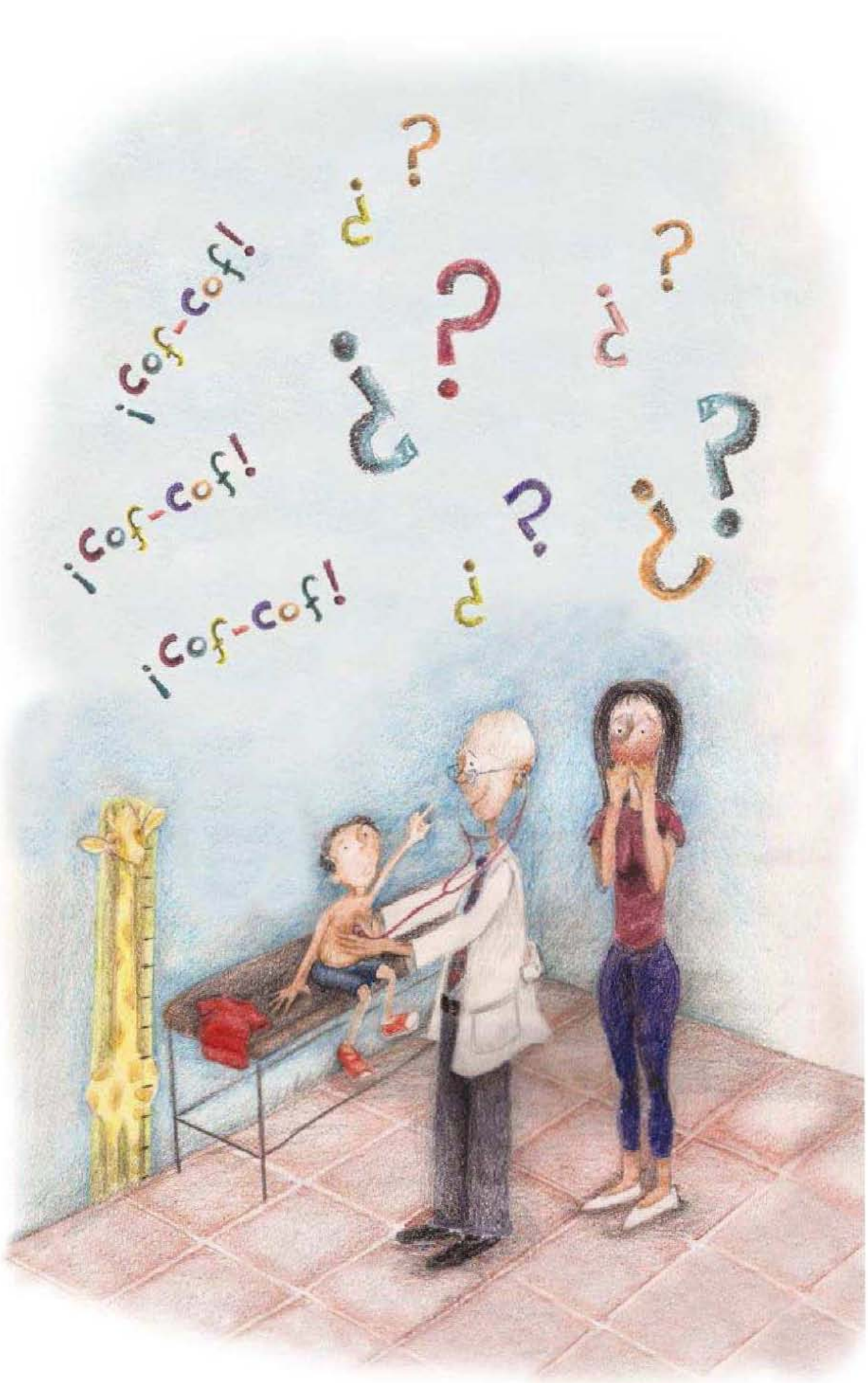


LUNES 5 DE AGOSTO

Hoy me siento mal, algo me está pasando.
Tengo una calesita en mi cabeza. El mareo es terrible.
Mi mamá me dio un remedio asqueroso y terminé
vomitando en la almohada.
No pude dormir por dos motivos: el malestar
y el olor nauseabundo de mi cama.






¿?
¿?
¿?
¿?
¿?
¡Cof-cof!
¡Cof-cof!
¡Cof-cof!

MARTES 6 DE AGOSTO

Hoy estoy como nuevo, lo de ayer fue una pesadilla. Mi mareo se quedó quieto, aunque sí siento que algo sigue dando vueltas en mi cabeza. Si cierro los ojos veo signos de interrogación por todas partes. Si me sale una tos icof-cof! por atrás me viene una pregunta, para colmo una de esas que mi mamá no me deja preguntar.

Cuando fuimos al sanatorio, el médico que me sacó sangre era calvo, justo en ese momento se me dio por toser... y por preguntar. *¿Doctor, usted se lava con shampoo o se lustra con una gamuza?*

Mi mamá se puso recolorada y me fusiló con la mirada.

Después, cuando volvíamos en colectivo se sentó a mi lado una señora de esas gordas muy redondas. Quedé como sopapa contra el vidrio y icof-cof! *¿Señora, cuando usted se pesa la balanza dice continuará?*

A mi mamá le dio tanta vergüenza que me hizo bajar del colectivo y tuvimos que caminar un montón de cuadras.

MIÉRCOLES 7 DE AGOSTO

Hoy nos entregaron los análisis, el médico dice que me contagié de Preguntosis, un tipo de enfermedad viral que no se cura con medicamentos. Según él después de cuatro o cinco días se me va a pasar sola. Como estaba muy aburrida la explicación salí a la puerta del consultorio, justo pasaba un sacerdote, siempre hay curas y monjas donde hay enfermos. Me dio un ataque de tos, sentí que un montonazo de preguntas se me querían escapar ¡cof-cof! *Señor cura, ¿por qué hay que ir a la iglesia si Dios está en todas partes?*

Me quedé con las preguntas atragantadas porque mi mamá se dio cuenta de que había salido y me entró de un brazo.

JUEVES 8 DE AGOSTO

Hoy es el cuarto día de enfermedad, mi mamá decidió dejarme encerrado, dice que no quiere pasar más vergüenza con mis preguntas.
Me dijo que más bien le pregunte cosas a ella.
Y bueno, yo pregunté.

¿Por qué te enamoraste de papá? ¿Y él de vos?
¿Por qué controlás a la vecina por la ventana?
¿Por qué no tenés más bebés?
¿De dónde sale la plata de la tarjeta de crédito?
¿Podemos tener un perrito? ¿Un gato? ¿Un pato? ¿Un león?
¿Les tenés miedo a los fantasmas?
¿A qué distancia está la luna?
¿Soy adoptado? ¿Qué es ser adoptado?

Pasé todo el día tosiendo y preguntando, estas son solo algunas.
Estoy muy cansado por eso no sigo escribiendo.

VIERNES 9 DE AGOSTO

Hoy dormí hasta las doce, creo que mi mamá no me despertó por miedo a que le siguiera haciendo preguntas, pero como dijo el doctor la Preguntosis se me fue sola.
Mi mamá se puso más contenta que yo pero le duró poco porque al parecer la contagié, solo que a ella las preguntas le salen con un hipo.
Yo probé asustarla con una rata, pero no dio resultado, lo comprobé cuando fuimos al supermercado y me hizo pasar una vergüenza...
Yo le digo que no se preocupe, que todos deberían contagiarse de Preguntosis, porque la verdad, preguntando se aprenden un montón de cosas.

Agustina Alfieri, Franco Cancelarich, María Celeste Deheza, Abigail Mamani, Martina Marchetti, Jalil Ocaño, Agostina Romero, Tomás Salmi y Rocío Totis
Ilustraciones: © Ernesto Navarro Moreno

SEGUNDO PREMIO

LA TORTA UNIVERSAL

Ema Victoria Lorenzi Castro
Fidel Camilo Lorenzi Castro - Bautista Maders

Cuento escrito en familia. Ciudad de Córdoba

zululazú

–Mami, ¿quién apaga las estrellas? –dijo Juana.
Ya era de noche y la niña de cinco años estaba acostada en la cama con su mamá a punto de irse a dormir.
–Juani, ya es tarde y mañana hay que ir al jardín –le dijo la mamá.
–Uuuuuh, dale porfa, ma.
–Eh... bueno... a las estrellas las apaga un señor muuuuuuy Grandote que las sopla –le dijo tapándola, para poder irse a su pieza.
–¿Y por qué las sopla? –dijo Juana.
La mente de la mamá no tenía ni una idea, pero le tenía que contestar a su hija, entonces vio el calendario que estaba en la pared.
Miró el mes de julio y vio que el número 8 estaba marcado, era el día del cumpleaños de su hijita.
–Porque son las velitas de su cumpleaños –dijo, le dio un beso en la frente a Juana, apagó la luz y cerró suavemente la puerta.
Al día siguiente Juana se despertó solita, y se quedó un rato acostada en la cama. Ansiosa por que su mamá le contara más sobre el Señor Grandote.
–¿Por qué las sopla todas las noches? –le dijo mientras se sentaba a la mesa a desayunar.
La mamá quedó sorprendida y divertida por la pregunta, pero ideó una rápida respuesta.
–Porque es de un planeta en el que se cumplen años todos los días.
–Y ¿cómo se llama el planeta?
–Zululazú.
–Y ¿cómo se llama el señor?
–Eh... Pepe.
Después su mamá le preparó una leche con tres cucharadas de

chocolate, luego le puso el guardapolvo rojo y la llevó al jardín. Ahí se divirtió mucho, pintó al Señor Grandote (o Pepe si prefieren) y a su planeta, Zululazú.
Cuando el papá salió de su trabajo en el observatorio de la ciudad, fue a buscar a Juana al jardín y la llevó a casa en auto. Mientras el papá manejaba, le dijo:
–¿Y sobre qué torta están las estrellas?
El papá se llevó tal sobresalto que casi se pasa un semáforo en rojo, tuvo que frenar bruscamente y se llevó unas cuantas quejas de los peatones.
–¿Cómo?
–Nada, nada –le respondió Juana.
Cuando llegó a su casa encontró a su mamá lavando los platos, viendo un programa de pastelería y le hizo la misma pregunta.
–¿Qué torta?
–Y, si es su cumpleaños, y sopla las velitas, tiene que haber una torta.
La mamá rió y luego le respondió:
–¡Es verdad, me había olvidado! Las velitas están sobre la Gran Torta de Chocolate Universal, de chocolate negro pero muy dulce.
–¿Y la torta la hace él?
–No, la hace la... –dijo la mamá, que le estaba gustando esto del planeta y las velitas– la Señora Pastelera.
–¿La Señora Pastelera?
–Sí, andá a lavarte las manos que ya vamos a comer.
Juana fue al baño y mientras se llenaba de jabón las manos su mamá sacó las empanadas de jamón y queso del horno.
Entonces Juana dio un grito que hizo retumbar la casa, el barrio, la ciudad, el país, el continente, el planeta, el sistema, la galaxia y todo el universo.

–¡¡MAMÁ!!
La madre dejó las empanadas sobre la mesa y fue con su hija.
–¿Qué pasa, Juani?
–¿Quién es la Señora Pastelera?
–Ay, que me hacés asustar, nena, ahora vení a comer, después te digo.
Después de comer la mamá le dijo:
–La Señora Pastelera es la prima de Pepe.
–¿Eh? –le respondió Juana con media empanada dentro de la boca.
–Que la Señora Pastelera es la prima de Pepe.
–¿Y ella es la que hace la torta universal todos los días?
–Sí.
–Se debe cansar mucho, pobrecita.
–¿De qué hablan? –quiso saber el padre.
Las chicas le contaron la historia.
–No, eso es mentira, el universo no es una torta, se está haciendo más grande con el tiempo, están naciendo nuevas estrellas, además todo eso es imposible –dijo el papá.
Pero las chicas tenían más ideas que él:
–Si el universo se expande, lo que hace la Señora Pastelera es hacer la torta más grande cada día –dijo la mamá.
–Pero... –empezó a decir el papá.
–Y si cada vez hay más estrellas es que el Señor cumple un año más todos los días –lo interrumpió Juana con mucha razón.
–Y entonces, dónde hace la torta la Señora ¿eh? –les dijo el papá.
Ni Juana ni la mamá tuvieron respuesta para eso, entonces todos se lavaron los dientes y se fueron a dormir.
La mamá hizo lo mismo que al principio y Juana se durmió enseguida.

Su sueño fue de lo más raro:
Estaba parada en un lugar muy iluminado, tanto que quemaba los ojos ver, pero, al ratito, los ojos de Juana comenzaron a acostumbrarse y comenzó a ver el lugar en donde se encontraba: era una cocina muy grandota, con muchos hornos y utensilios de cocina gigantes por todos lados.
Y lo que era más curioso: estaba hecha de pura luz.
Las cucharas, los tenedores, los paquetes de harina, la heladera, los cartones de huevos, todo estaba hecho de una luz amarilla.
Excepto una enormisisísima barra de chocolate negro como la oscuridad.
Y había una señora parada, batiendo sin parar en un enorme bol con una cuchara de luz.
La señora era ENORME. Dejó de batir y arrojó el contenido de su recipiente en una fuente aún más grande que ella.
Entonces sonó el timbre de una puerta.
La señora se lavó las manos con agua de luz y fue a atender refunfuñando:
–Y ahora me vienen a molestar, se me va a hacer de noche y todavía no terminé la torta.
Abrió la puerta y entró un señor vestido con un elegante traje y un sombrerito de cumpleañero.
–¡Hola! –saludó abrazando a la señora.
Esta le devolvió el saludo y le dijo:
–¡Felices quinientos treinta y cinco mil billones ochocientos noventa mil seiscientos cuarenta y cinco años!
–Gracias, espero que ya esté lista la torta.
La señora asintió.
–¿Y mi regalo?
Entonces la señora se enojó.

Siempre, todos los días, ELLA tenía que hacerle la torta a su primo y ELLA tenía que darle su regalo, como si no le alcanzara con los otros miles de millones.
–¡Ya está! ¡Ya me cansé! No te hago más la torta.
Y salió refunfuñada de la cocina.
Juana se despertó.

Y pasaron los días y el cielo comenzó a tornarse de otros colores, negro pero no el negro lindo, sino uno amarronado y aburrido, el Señor Pepe no sabía preparar tortas muy bien.
Y pasaron los días. El 8 de julio se acercaba, y el 7, la mamá de Juana estaba muy ocupada con los preparativos para la fiesta, todos sus amigos iban a venir y también todos sus familiares.
–Pobre Señora Pastelera... –suspiró Juana.
–¿Qué? –dijo la mamá, que estaba haciendo la torta para el día siguiente.
–Nada.
La noche llegó y Juana, después de comer y lavarse los dientes se durmió.

En su sueño, estaba otra vez en la cocina de luz, el Señor Pepe estaba batiendo la masa para la torta de esa noche, cuando sonó el timbre de la puerta.
Era la Señora Pastelera.
–¡Hola! ¡Feliz cumpleaños número quinientos treinta y cinco mil billones ochocientos noventa mil seiscientos cincuenta y dos! –dijo la Señora y abrazó a su primo–, mirá el regalo que te traje.
En su mano tenía un relojote reluciente y brillante.
Pepe se lo puso y le dio las gracias a su prima.
–Mirá primo, perdoname por retarte, ahora yo te voy a enseñar

cómo se hace una torta, y la mitad del año, vos vas a cocinar la torta y yo voy a soplar las velitas, la otra mitad yo cocino y vos soplás.
–Bueno, pero... ¿Y en año bisiesto?
–Un día cocinamos juntos y soplamos las velitas, juntos.
Entonces, la Señora Pastelera y el Señor Grandote se dieron un abrazo de gigante y Juana se despertó.
A ella le dieron muchos regalos, a la noche vinieron los amigos y la familia y juntos, al final comieron una gran torta de chocolate negro y dulce.
–Pa, ¿sabés dónde cocinan la Torta Universal la Señora y el Señor? –le preguntó Juani a su papá mientras devoraban su porción de torta.
–¿Dónde?
–En el sol.
Entonces miraron el cielo y vieron una nueva estrella en el cielo: el primer cumpleaños de la Señora Pastelera.

Ema Victoria Lorenzi Castro, Fidel Camilo Lorenzi Castro y Bautista Maders
Ilustraciones: ©M.Billinghurst

MENCIONES

¿POR QUÉ SE VA EL SOL?

Hilda Lorena Cornú
Escuela Finca La Argentina. La Unión, Salta

EL BILLETE

Milena Luna Ferstl
Upsala College. El Calafate, Santa Cruz

LAS LOCAS RESPUESTAS DE JUAN MANUEL

Marcos Álvarez - Ariana Álvarez - Kevin Rivero - Pamela Villanueva
Taller literario municipal "Barriletes en vuelo". Colonia Caroya, Córdoba

¿POR QUÉ SE APAGAN LAS ESTRELLAS?

Yenifer Sara Caro
Escuela rural Nº3 Damián Amaya Ortiz. San Javier, Río Negro

MENCIONES

PERSIGUIENDO NUBES

Anahí Láinez
Cuento escrito en familia. CABA

ABUELA DELIA

María Ariza - Micaela Gordon - Carmela Ibarra
Nicole Lisarbe - Alejo Martocci - Micaela Quiñones
Biblioteca Popular La Chicharra. La Plata, Buenos Aires

UNA EXTRAÑA AVENTURA DE UN ÑANDÚ AZUL CON PICO COLORADO

Agustina Boerr - Valentina Gómez
Martina Gualtieri - Danna Mindiuk
Escuela NEA 2000. CABA

LA GUERRA DE LOS ANIMALES

Micaela I. Álvarez - Yésica Y. García
Sharon E. Maciel - Franco J. Marsó
Evaristo A. Ochoa - Rodrigo A. Peralta
Germán A. Roldán - Rosana Santos Huanaco
Sofía B. Valenzuela - Selena A. Vallejos
Escuela rural Nº7. Gral. Rodríguez, Buenos Aires

¿POR QUÉ SE VA EL SOL?

Mientras juego a la pelota en el patio de mi casa con mis hermanas me pregunto por qué se va todos los días el sol y luego aparecen la luna y las estrellas.

Hasta ahora nadie me dijo algo que me convenza por qué el gran astro tiene que irse, aunque en la escuela mi maestra me explicó el motivo, a mí no me conforma la respuesta.

Me gustaría que de noche el sol esté junto a las estrellas y la luna para que juntos puedan alumbrar más el mundo.

Yo quisiera tenerlo todo el día porque donde vivo no hay luz y él sería un mechero amigo que iluminaría mis juegos, mis tareas, el trabajo de papá y mamá.

En invierno es como un poncho tibiecito que acompaña mis pasos y los de tantos niños que vamos en el campo a la escuela caminando o en bicicleta.

Bueno pero igual le agradezco a Dios por regalarme el sol. No quiero ser egoísta porque él tiene que alumbrar y secar la ropa y las lágrimas del mundo.

Hilda Lorena Cornú
Ilustraciones: © Nadia Mastromauro

EL BILLETE

Siempre me pregunté cómo sería la vida de un billete. Y el día que me eligieron como papel para billete, mi alegría desbordó; podría averiguarlo por mi propia cuenta.

Nací en una fábrica. Apenas me terminaron de fabricar me colocaron en una caja con mil clones míos, todos con el número dos escrito. Estábamos todos muy apretados cuando la caja empezó a moverse. La abrieron y aparecí en un banco, era un banco con una cola muy larga de personas. Luego me agarraron junto a veinte clones míos, me metieron en un sobre y me entregaron en manos de alguien.
–Gracias, Ricardo.
–De nada, Matilde.
Ya sabía algo sobre ella, se llamaba Matilde.
Enseguida la cartera comenzó a moverse y ella entró a un supermercado, tiró la cartera dentro de algo con rueditas que se movía, y al lado mío tiró varias cosas más.
Al rato sujetó el sobre, lo abrió y nos entregó a todos nosotros juntos y nos pusieron en una caja donde había por lo menos setenta billetes sucios, olorosos, arrugados y viejitos. Comprendí que era muy joven y que me quedaba mucha vida por delante.
Matilde se fue y cerraron esa caja. No duré más de diez segundos allí dentro, me sujetaron y fui a manos de otra persona que creo que se llamaba "Mami, me comprás caramelos en el quiosco", porque había una persona joven al lado de ella que lo único que decía era eso. Entró en un negocio, me entregó y se fue con su hijo feliz ya que tenía caramelos.
Nuevamente terminé en una caja, idéntica a la otra, aunque no tenía tantos billetes. Ahí no duré tan poco, estuve tres días o

más. Más tarde vino otro niño, me agarraron y me pusieron en unas manos suaves. Luego de esas manos suaves pasé a otra billetera. Ese niño se llamaba Lorenzo, estaba muy aburrido y lo único que se le ocurrió fue escribirme algo para molestar a su hermana: "A mi hermana Rocío le gusta Mateo", puso.
Salió y dejó que vuele junto al viento. Iba a una velocidad que todavía no conocía, pero no me asustó, es más, me divertí mucho.
Luego de volar me quedé atorado en un alambrado. Allí la lluvia y el viento no me trataron muy bien. Comenzó una lluvia que me empapó y me arrojó al suelo hasta que una canaleta de agua empezó a arrastrarme. Seguía y seguía. En un momento llegué a la ciudad nuevamente donde un señor barbudo, sucio, solo y pobre me miró y, creo, pensó que ese era su día de suerte. Me miró con la boca abierta y me besó siete veces. Lo primero que se le vino a la mente fue usarme en un drugstore para comprar cigarrillos, en un momento pensé que no me iban a aceptar porque estaba muy mojado, sucio, arrugado y desgastado.
Luego con el dueño de ese lugar fuimos a la calle donde había un mago que hizo unos trucos espectaculares. Me dobló y me arrojó desde muy lejos a una lata, pero una brisa me llevó hacia la calle donde una rueda me aplastó y me quedé pegado. Giraba y giraba, ya estaba mareado. El auto frenó pero el conductor no me vio. Pasaron varias personas que no me veían, hasta que una me vio y fui junto a ella hasta un banco. Me colocó en un sobre junto a veinte clones míos. Di un gran suspiro y me entregaron en manos de alguien.
–Gracias, Matilde.
–De nada, Ricardo.

Milena Luna Ferstl

LAS LOCAS RESPUESTAS DE JUAN MANUEL

En la familia Ortiz cuando nadie se lo esperaba, alguien llegó, y como terremoto les cambió la vida.
Especialmente a Juan Manuel, que ya tenía novia y después de dieciséis años ¡le nació un hermanito!: Benjamín.
Como mamá y papá trabajaban a él le tocó hacer de niñero, contra su voluntad, por supuesto.
Juan Manuel quería jugar a la Play, y tenía que cambiarle el pañal.
Quería escuchar rock and roll y tenía que poner canciones de Piñón Fijo.
Quería ver el partido y tenía que ver dibujitos.
Quería chatear y tenía que darle la mamadera.
Y así entre la compu y el llorisqueo, entre la pizza y la papilla, pasito a pasito Benjamín fue creciendo. Cuando empezó a hablar largó una catarata de preguntas y Juan Manuel se aprovechaba de su inocencia.
–Manel, ¿qué es eto?– preguntaba Benja señalando el mouse de la compu.
–Es una rata eléctrica ¿no ves la cola de cable?
–¿Y po qué es color sojo?
–Porque le gusta comer muchas cerezas.
–Manel, ¿qué es una cedeza?
–Es una mariquita sin manchas. Pero las que tienen manchas son más ricas, andá al patio y si encontrás alguna comela.
Benja salió al patio y se pasó un rato largo buscando y comiendo mariquitas encerezadas. Hasta que se cansó y volvió con su hermano.
–Manel, ¿qué tás haceno?
–¡Estudiando, enano! Te pongo un programa de animales en la

tele para que te quedes callado un rato.
Manuel agarró el libro y siguió leyendo.
–Manel, ¿qué es ese nimal?
–Una tortuga.
–¿Qué es una totuga?
–Es un casco al que le salieron patas. Mejor te pongo música.
¡¡¡Necesito estudiar!!!
Manuel se sentó más lejos para no desconcentrarse,
en realidad quería encerrarse en su dormitorio
pero sabía que era peligroso dejar a Benja solo.
–Manel, ¿cómo sale la música del apadato?
–Y, de los cantantes que viven allí adentro, zonzito.
–¿Y qué comen esos musiquitos?
–Comen la caca de las moscas que queda pegada
en los huequitos de los parlantes. ¿Ahora me dejás estudiar?
–¡Puaj, qué asco!
Benjamín buscó un yogur y embadurnó uno de los parlantes, y al otro lo enchastró con el puré que sobró del mediodía.
Cuando su mamá volvió del trabajo y lo vio, dijo:
–¡¡¡Aaaah!!! ¡Qué hiciste Benjamín! ¡Arruinaste la radio!
–Es pada que la gente pequeñita no tena que comer caca
de mosca, ma.
–¡¿Qué gente pequeña?! ¡¿Qué caca de mosca?!
–Los musiquitos que viven adento de la sadio, ma.
–¡¿Quién te dijo eso?!
–Y... Juan Manel.

Y Juan Manuel, gracias a sus locas respuestas tuvo que limpiar el enchastre y pagar el arreglo de la radio con sus propios ahorros.

Marcos Álvarez, Ariana Álvarez, Kevin Rivero y Pamela Villanueva

¿POR QUÉ SE APAGAN LAS ESTRELLAS?

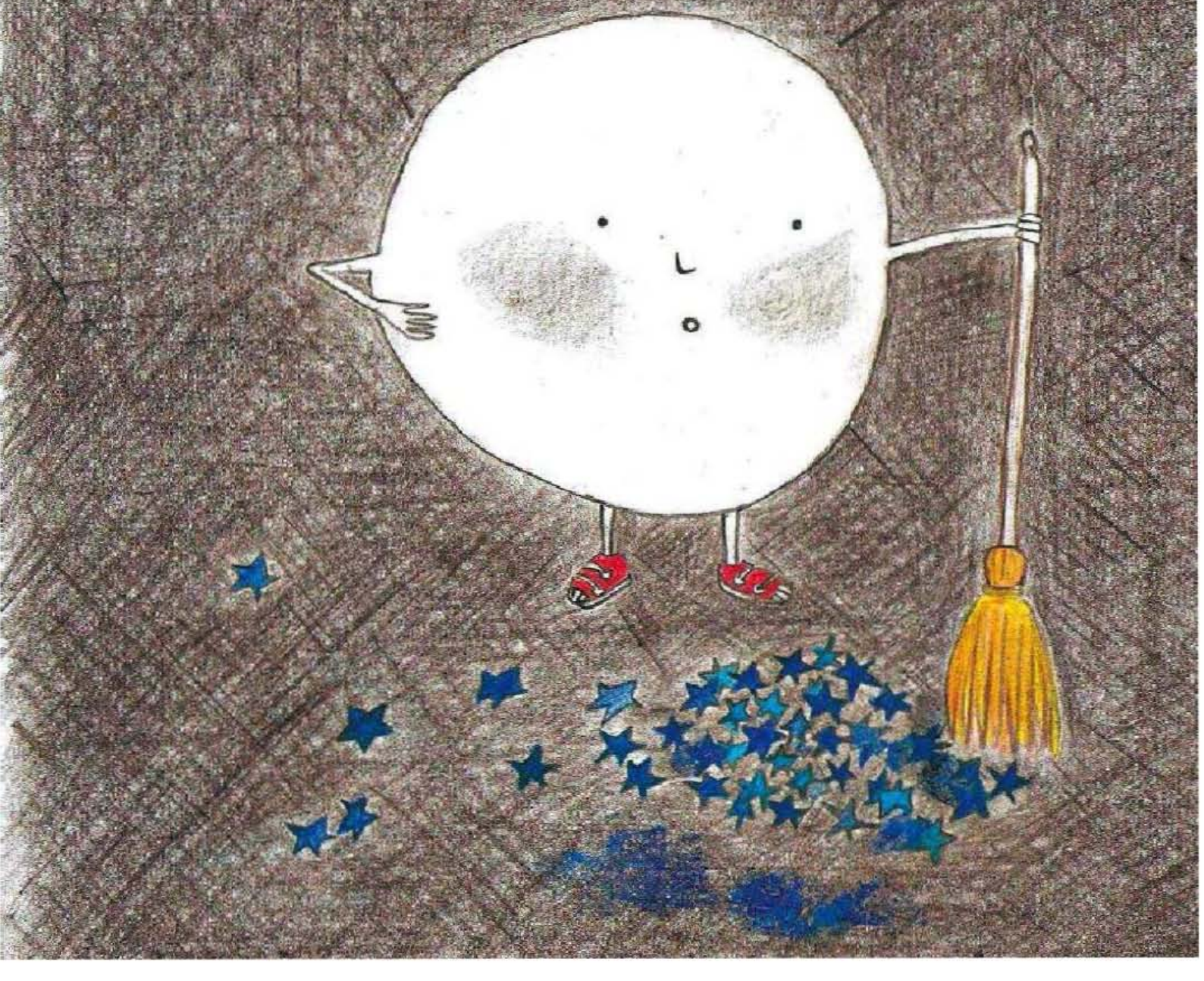
Hola: soy Yenifer Sara Caro vivo en Viedma, departamento Adolfo Alsina, en zona de chacras. Voy a la Escuela Nº3 Damián Amaya Ortiz de San Javier, Provincia de Río Negro. Mi seño se llama Adriana y mi directora Laura Duval... bueno ya me presenté, ahora les narraré lo que pienso sobre por qué se apagan las estrellas desde mi punto de vista.

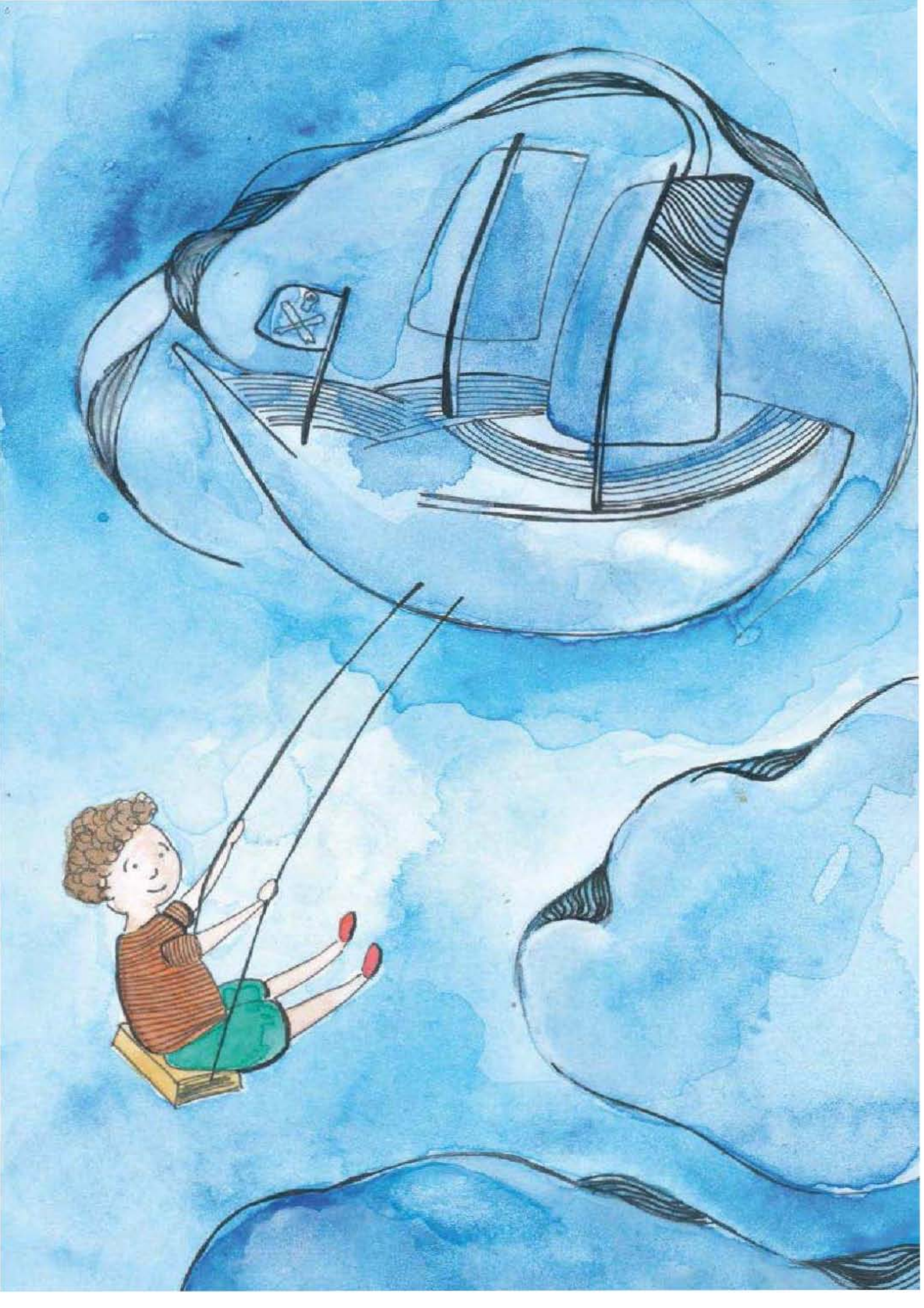
Una noche de otras tantas noches estaba yo mirando las estrellas y sus constelaciones, porque me gusta mucho imaginarme cómo sería mi vida allá arriba pero bueno, esa noche iba a ser especial, mientras miraba las estrellas vi muy a lo lejos que el cielo comenzaba a quedarse limpito sin ninguna estrella, y cada vez se acercaba más y más adonde yo estaba. Me asusté mucho, pero no dejé de ver cómo cada estrella se iba apagando y me preguntaba qué está pasando con las estrellas que se están apagando, cuando de pronto miré por mi telescopio y vi cómo la luna estaba tan enojada que se puso a barrer el cielo pero no se daba cuenta de que estaba apagando a todas las estrellas y un manto negro, negro cubrió el cielo. "SAZ, qué pasó –dijo la luna– ¿dónde están las estrellas...?". Y muy preocupada se decía a sí misma: "y ahora qué hago, cómo voy a decirle al sol que salga si hasta el lucero del amanecer se apagó". "Uy, qué voy a hacer" –decía la luna–, pero de pronto recordó que si ella lloraba, con cada lágrima que derramara se formarían de nuevo las estrellas... porque lo que había pasado era que con tanta contaminación de la tierra, la capa de ozono había llenado de polvo espacial a las estrellas y cuando la luna se puso a limpiar, barrió y barrió tanto que cada estrella se fue llenando de polvo. De pronto la luna en su preocupación y tristeza

se puso a llorar y sus lágrimas iban lavando a todas y cada una de las estrellas, y todo el cielo volvió a cubrirse con su manto de hermosas estrellas, y qué lindo es poder ver todas las noches el cielo hermosamente estrellado, ¿no te parece?

Bueno espero te haya gustado mi narración y con ella puedas enseñar a otros que cuiden el medio ambiente para que siempre tengamos un cielo estrellado como el que podemos ver hoy. Te doy las gracias por permitirme expresar mis pensamientos sobre el porqué se "apagan las estrellas".

Yenifer Sara Caro
Ilustraciones: © Nadia Mastromauro





PERSIGUIENDO NUBES

Uli se recostó en el pasto, debajo del gran ciruelo en flor, y miró las nubes. Tenían muchas formas diferentes, pero la mejor era la que parecía un barco pirata. Él siempre había querido tener un barco pirata. Uli miró detenidamente el barco, se imaginó toda una tripulación, con un capitán con su loro y su parche, como el de aquel cuento que le había leído su mamá. El barco navegaba veloz. Uli se preguntó cuánto faltaría para que se perdiera en el final del cielo. Corrió a mostrarle a su papá. Era carpintero y sabía muchas cosas.

–Papá, ¿ves esa nube de allí, la que parece un barco pirata?

–¿Dónde, Uli? ¿Esa de ahí? –el papá miró hacia donde su hijo le indicaba y sonrió–. Se parece mucho a la cuna que construí cuando naciste.

El niño lo miró sorprendido, y fue a buscar a su mamá.

–Mamá, ¿ves esa nube de ahí, la que se ve por la ventana?

La mujer, rodeada de telas e hilos, miró con atención hacia el punto señalado.

–¡Ah! sí –murmuró–. ¿Qué bonita, no? Parece un suave saquito de lana.

El niño miró confundido a la nube barco pirata, y descubrió con tristeza que se encontraba muy cerca ya del final del cielo. Corrió apresuradamente hacia el jardín y se encontró en el camino con su abuela.

–Abuela– dijo apresurado–, ¿para vos de qué tiene forma esa nube de ahí?

Le señaló directamente la nube barco pirata.

–¿Cuál? –preguntó la abuela limpiándose las manos de harina–. ¿Esa que tiene forma de un pastelito de manzana con azúcar?

Luego rió meneando la cabeza.

El niño volvió a mirar su nube y una vez en el jardín, se recostó sobre el pasto pensativo. ¿Su familia estaría mirando la misma

nube que él o se fijarían en alguna de las muchas que la rodeaban? Tendido sobre la hierba se preguntó si alguien más que él podría ver a su barco pirata, tal vez otra persona que lo anhelara...
Se incorporó y caminó hasta un liviano columpio de madera. Colgaba de una rama y tenía bellos dibujos enmarcados. Se lo había hecho su padre años antes. Uli recordó que tiempo antes del regalo, él había visto una nube con la silueta de una hamaca, ¿sería casualidad?
Se sentó en el pequeño tablón de madera y se hamacó lentamente. El viento empujaba, casi no tenía que moverse para balancearse.
–Tal vez a las nubes les ocurra algo parecido...–murmuró el niño viendo cómo el barco pirata desaparecía en la lejanía–. Tal vez no se quieran ir, pero las arrastre el viento, igual que a mi columpio.
Ya no volvería a ver a su barco. El niño suspiró y se volvió a sentar bajo el ciruelo en flor, tenía muy rica fruta. La temporada era buena. Uli tomó una ciruela del árbol y la examinó, algunas partes ya se estaban poniendo grisáceas por el tiempo.
Se quedó mirando la fruta y una nueva pregunta afloró en su mente: ¿Las nubes también morirían? ¿Cuánto tiempo de vida le quedaba a su barco pirata? ¿Seguiría vagando eternamente por el cielo?
El niño mordió con placer la ciruela sintiendo cómo el jugo se deslizaba refrescante por su boca.
–Si mi nube volviera dentro de mucho tiempo, quizás ya no la reconocería –reflexionó tristemente.
Alzó por si acaso la cabeza, pero como esperaba, la nube ya no estaba. ¿Se habrían ido también las nubes que veía su familia? No había forma de saberlo.
Uli miró por última vez el lugar por donde había desaparecido su nube antes de quedarse dormido.
Cuando lo hizo, sus ojos se cerraron con la certeza de que fuera adonde fuera, él saldría a perseguir su nube.

Anahí Láinez
Ilustraciones: © Florencia Stáffora

ABUELA DELIA

A la abuela Delia le llegó la hora de la mudanza. No sabemos por qué tuvo que hacerlo tan repentinamente.
¿Se fue porque su casa era demasiado grande?
¿Se fue porque se sentía sola?
¿Se fue porque quería estar cerca de alguien?
¿Se habrá separado de su esposo o amante?
¿Se fue porque el alquiler de su casa subió por las nubes?
¿Por qué se fue la abuela Delia tan de repente?
Nosotros somos amigos de la abuela Delia, pero es cierto que no la conocemos bien.
¿Acaso conocemos a alguien tan completamente?
La abuela nos visitaba en el taller del galpón de las encomiendas, donde antes llegaba el tren, donde llegaban cartas, tarros de leche, quesos de campo, y donde ahora hay chicos y no hay gallinas, donde ahora hay tarros de pintura, libros y vacas de otra especie. Delia nos contaba algo de su vida, como cuentos de otros tiempos y de estos tiempos también. Cada miércoles nos mostraba una historia nueva o vieja y a menudo nos decía... ¿tienen alguna pregunta? O su clásico... ¿qué les pareció? Por ejemplo, nos contó una vez: la historia de Momo de Michael Ende, solo un capítulo porque era una novela; El país de la geometría de María Elena Walsh... era extraña en eso... le gustaban mucho los triángulos, los cuadrados, lo geométrico... tampoco sabemos ¿por qué le gustaba lo geométrico a la abuela Delia? Cuando podía nos mostraba cómo actuaban los cuadrados, los círculos, las líneas en las hojas. Se pasaba un buen rato diciéndonos cómo los árboles tenían copas ovales y los troncos eran perpendiculares a los edificios. Una vez nos contó cómo había construido una casa con barro, pero ahora no nos

acordamos tanto. Y así como así... nos enteramos de que se había marchado a Córdoba... Sus vecinos nos contaron, y entonces, nos quedaron muchas preguntas para hacerle, pero ya no estaba ella para contestarlas, además, nos dijeron que en su valija se había llevado ideas, deseos y quizá alguna fórmula mágica: como dice el verso: "Magnífico pez señor de los ríos, haz que se cumplan los deseos míos" o... "Valija valijita cúmpleme todos los deseos que yo te daré lo que necesitas" o... "Imaginación, ladrillo o canto rodado concédeme..." o... "Linda valija de colores serenos para mis mejores deseos".
También supimos por vecinos muy próximos que abuela Delia –además– había hecho decenas de dibujos con mapas y paisajes y que los llevaba en su maleta.

No nos pregunten por qué, pero sabíamos una cosa esencial, en cualquier rincón en el que se encuentre la abuela Delia, ya sea en La Cumbrecita, La Falda, en el Edén o en Los Cocos, sabíamos que estaba sana y salva.
No sabemos si la volveremos a ver, como ocurre con gente que se ve de vez en cuando o que conocimos en lugares a los que no volveremos más. Conocimos una chica que se llamaba Aylin y no la volvimos a ver; y a Roberta que viajaba con su familia de Argentina para Perú y allí se quedó y aún no la hemos vuelto a encontrar.
¿Qué podremos hacer para volverla a ver?
¿Qué cosa pensar para seguir junto a ella de alguna manera?

María Ariza - Micaela Gordon - Carmela Ibarra
Nicole Lisarbe - Alejo Martocci - Micaela Quiñones
Ilustraciones: © Florencia Stáffora

UNA EXTRAÑA AVENTURA DE UN ÑANDÚ AZUL CON PICO COLORADO

En un reino muy cercano, existe un pequeño ñandú azul con pico colorado, que tenía cinco preguntas por responder:
¿Dónde se esconden las palomas en la noche? ¿De dónde sale el polvo de tiza? ¿Quién camina en los anillos de Saturno? ¿Por qué las manzanas no son violetas cuando están en el árbol y celestes cuando caen? Y la más importante, que inspiró este cuento, es:
¿Cómo se enamoran los perros?
El otro día fui a visitar a mi amiga la lechuza y le pregunté:
–¿Sabe usted cómo se enamoran los perros?
La lechuza respondió:
–No, ¡pero podríamos averiguarlo! ¡Andando!
Horas más tarde, la lechuza y el ñandú se encontraban tocando la puerta del murciélago.
–¿Por qué el murciélago no nos abre la puerta? –preguntó la lechuza.
–¡Ya sé por qué, está durmiendo! –dijo el ñandú furioso.
–¡¡¡Sigamos caminando!!! –dijo la lechuza–. Vamos a lo de la oveja. ¡Ella puede saber!
Siguieron caminando hasta la casa de la oveja.
Llegaron, y le contaron toda la historia. Pasaron diez minutos contando toda la historia y lo que les respondió la oveja fue:
–Beee, beeeeee...
Salieron enfurecidos de la casa de la oveja, porque nunca hablaron el mismo idioma. La vaca era vecina, así que aprovecharon.
Pasó lo mismo que con la oveja, ¡no le entendieron ni muuuuuu!
Cuando se fueron, la lechuza dijo:
–¿Cómo no se nos ocurrió antes?! El bicho feo nos puede ayudar.

El bicho feo, muy sabio, los recibió con gran pasión. Él les dio un mapa, y el camino les marcó. Les dijo que siguieran el camino azul y una casa encontrarían... ellos siguieron el camino azul como los guió su amigo.
El sendero largo era, hasta que el camino terminó y a la casa llegó. Tocaron timbre y el perro los recibió. Les dio un café y la historia escuchó. Él les respondió:
–Tengo un juego que muy largo es, su pregunta responderá pero a la vez no lo hará.
Ellos, sin entender el concepto, aceptaron igual. Dos horas más tarde encontraron la nota final que era muy especial, el sobre dorado era y en plateado decía: "CARTA FINAL". Muy emocionados, abrieron el sobre y con alegría leyeron la carta que decía:

El amor de los perros es inexplicable, al igual que el de los otros animales. Lo que importa son los sentimientos y hay que hacerles caso.

–¡Guau! No tenía idea de esa cosa de los sentimientos –dijo el ñandú muy extrañado.
–Al parecer es muy importante –replicó la lechuza.
–¡Sí lo es! –dijo el perro.
Detrás del árbol salió el bicho feo diciendo:
–Los invito a mi casa a tomar un rico capuchino con galletas de chocolate.
Así fue como la lechuza, el perro, el bicho feo y el ñandú azul con pico colorado se encontraban ahora tomando la merienda en la casa del bicho feo.

Agustina Boerr, Valentina Gómez, Martina Gualtieri y Danna Mindiuk
Ilustraciones: © Florencia Stáffora

LA GUERRA DE LOS ANIMALES

Amanecía en la espesura de la selva misionera. El cielo anaranjado presagiaba un día caluroso, pesado. Los hombres, sentados bajo la fresca sombra de un guatambú, conversaban tomando tereré:

–Patrón, ¿en qué lugar construiremos la fábrica maderera?

Don Evaristo se tocó sus bigotes, pensativo, y contestó con su voz gruesa:

–En el monte que está justo detrás de la cascada. Es un lugar perfecto para talar y obtener toda la madera necesaria.

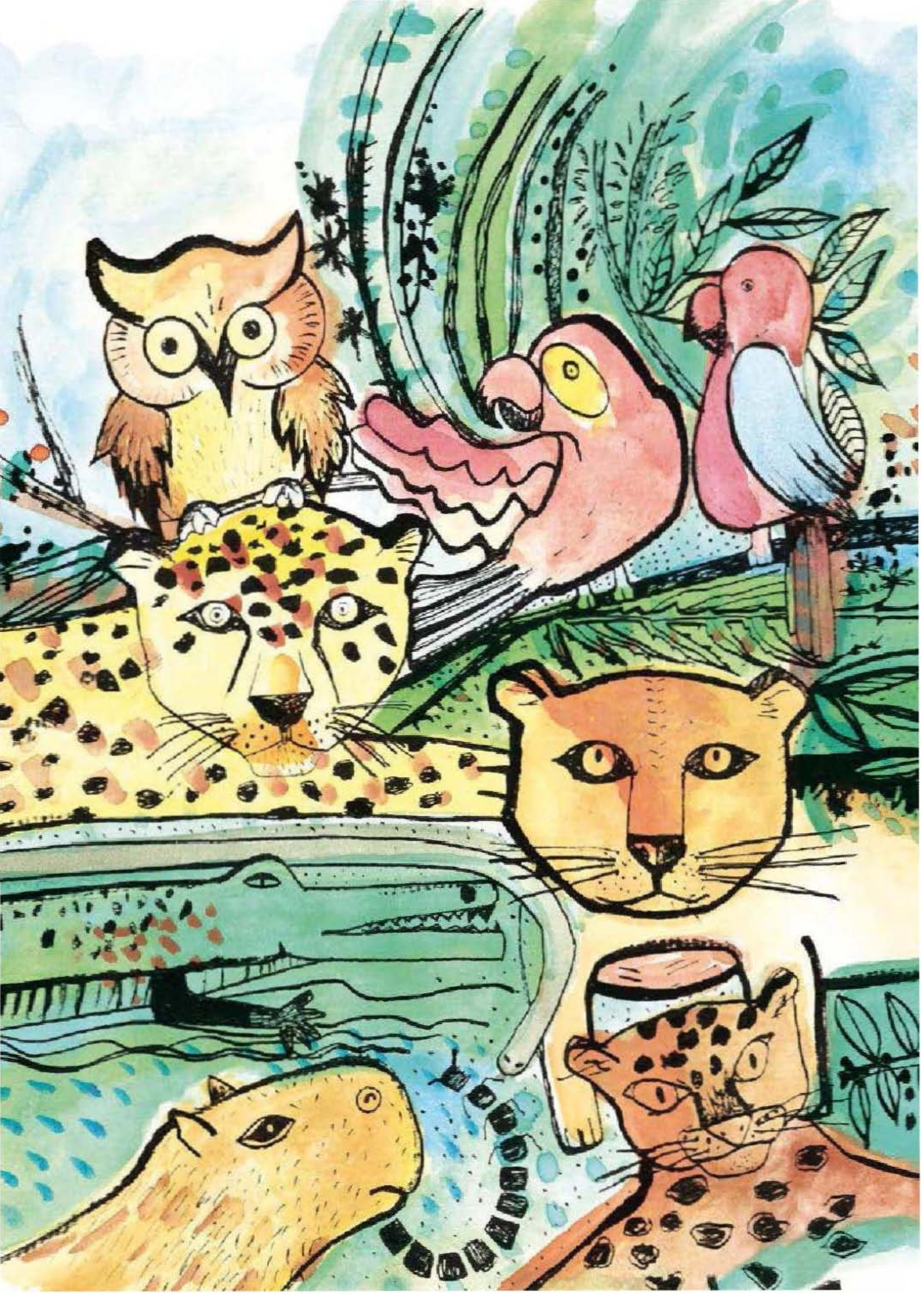
La lechuza reposaba en un árbol cercano cuando, al escuchar lo que tramaban los hombres, salió volando bajito, asustada, a informar a los demás animales la terrible noticia. Llegó hasta una palmera pindó, donde una bandada de loros se alimentaba de los frutos carnosos. Ella les contó lo que había escuchado y les pidió que volaran en distintas direcciones para avisar al resto de los animales que se reunieran en la cascada, cerca del monte, a la tardecita. El rumor comenzó a correr por la selva: los loros le dijeron al yaguareté, el yaguareté al puma, el puma al yacaré, el yacaré al ocelote, el ocelote a la yarará, la yarará al isondú, el isondú al carpincho... y así todos y cada uno fueron informados y convocados.

Al caer la tarde, el sol ya se ocultaba tras el río y todos esperaban ansiosos y nerviosos, mirándose de reojo los unos a los otros. El yaguareté tomó la palabra:

–Compañeros, debemos pensar, ¿qué sucederá cuando el hombre instale su fábrica?

El puma, gruñendo, respondió:

–Será un desastre ambiental, talarán todos los árboles, no quedará nada. Perderemos nuestros hogares, nuestras fuentes de alimento, todo...



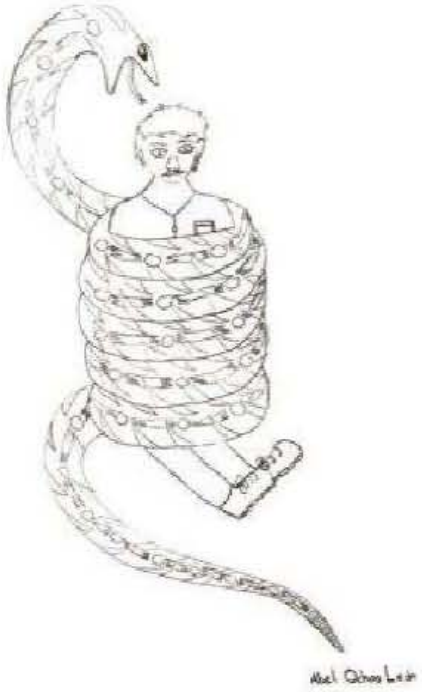
La yarará, con su voz fina, susurró:
–No podemos permitir que pase eso. Algo debemos hacer.
La chinche verde increpó:
–¿Y qué podemos hacer? ¿Acaso podemos evitarlo?
El ocelote, desde la rama alta de un timbó, le contestó:
–Claro que sí, entre todos podremos. Solos no somos nada, pero si actuamos en grupo podremos –aseguró serio.
El cuis preguntó:
–¿Quién será nuestro líder?
La hormiga, pensativa, comentó:
–Debemos votar. Pero antes, pensemos, ¿qué cualidades debe tener un buen líder?
–Debe ser fuerte.
–Veloz.
–Atractivo.
–¿Atractivo? –preguntó el mono–. Así me dejan fuera de la votación –rezongó.
–No hace falta ser atractivo –replicó el ciervo de los pantanos–. Pero sí es bueno que además sea inteligente y capaz de dirigirnos.
El oso hormiguero propuso:
–Elijamos de entre nosotros a cinco candidatos y luego votemos.
–Propongo al yaguareté, por su destreza y agilidad –dijo el pecarí.
–Y yo al puma, por su fuerza –dijo la mulita.
–Al yacaré –gritó el carpincho–, su mordedura es letal.
–La lechuza, por su inteligencia –exclamaron los loros.
–La anaconda, por su fortaleza –pidió el tucán.
–Votemos –dijo el tatú carreta–, yo contaré los votos.
Y así fueron pasando, cada uno al frente, diciendo en voz alta y clara a quién elegían. Por cada voto se colocaba una banana en cada uno de los cinco caparazones de tortugas vacíos que se habían conseguido.

Al terminar la votación, se efectuó el recuento de las bananas y salió ganador el yaguareté. El felino saltó a una roca elevada, donde todos podían verlo y habló:
–Yo seré un buen líder, y elijo al puma como mi ayudante. Primero debemos pensar, ¿cómo impediremos que instalen su fábrica?, ¿los asustaremos?, ¿los atacaremos?
Cada animal explicó en qué forma podía colaborar y acordaron que, al día siguiente, comenzaría la defensa de la selva.

Apenas amanecía cuando los hombres llegaron con sus máquinas topadoras, dispuestos a empezar el desmonte. Pronto se escuchó un zumbido estridente y miles de abejas y avispas se lanzaron en picada hacia los humanos, a quienes dejaron hinchados y llenos de ronchas, a tal punto que tuvieron que irse del monte.
Pasados dos días, los hombres regresaron provistos de trajes protectores. Pero no contaron con que serían bombardeados desde árboles y palmeras por los monos, quienes con buena puntería les arrojaban todo tipo de frutas. Cuando se les acabaron los frutos, fue el turno de los tucanes, que aparecieron trayendo entre sus patas a los zorrinos, que desde el aire, rociaron su esencia olorosa por sobre el campamento humano. Por segunda vez, los hombres debieron abandonar su tarea y retirarse vencidos.
Pero al regresar, varios días más tarde, lo hicieron preparados. Traían consigo feroces perros, redes, rifles con dardos tranquilizantes y trampas. Al ver esto, el yaguareté ordenó la retirada. No valía la pena perder vidas si no podían ganar. Así fue como los humanos lograron talar un par de hectáreas y armaron un galpón y un campamento donde vivir mientras trabajaban.
Pero los animales no se habían dado por vencidos, sino que se

estaban reorganizando. Entre todos idearon un ataque final. El martes diecisiete fue el día elegido. Al amanecer, cuando el patrón se acercó al río a llenar la pava para hacer unos mates, la anaconda lo capturó, enroscándose en su cuerpo y fue llevado hasta una cueva donde estaban todos los animales reunidos. Allí le informaron que no permitirían que arrasaran la selva y destruyeran el ambiente, al menos no sin intentar defenderla, y prosiguieron con el plan. Las serpientes venenosas, entre ellas la víbora de cascabel, la yarará y la víbora de coral, se hicieron cargo de los perros, a quienes asustaron tanto que no se les ocurrió ni ladrar. Los hurones cortaron las redes con sus dientes; las águilas, volando bajito, arrojaron piedras sobre (casi) todas las trampas para desactivarlas. Los cuises se robaron los dardos y los yacarés llevaron entre sus dientes los rifles al fondo del río.

Entonces, comenzó el ataque final. Todos los felinos atacaron en grupo, saltando sobre los hombres, rugiéndoles ferozmente. Una vez que los tuvieron acorralados, los osos hormigueros les arrojaron centenares de hormigas con sus trompas; las arañas los picaron y los tábanos se dieron un festín con ellos.



El patrón del campamento fue obligado a presenciar este ataque. Entonces, habló el yaguareté:
–Si insiste en instalar su fábrica, nosotros defenderemos con nuestra vida la selva, es lo único que tenemos y lo único que podremos dejarles a nuestras crías... –y no pudo continuar la frase porque cayó muerto, debido a las graves heridas que había sufrido al caer en un par de trampas que no habían sido desactivadas.
Al ver esto, un hondo silencio y pesar se apoderó de los animales, que lloraron en silencio a su líder muerto. Y cuando ya pensaban que los hombres ganarían la batalla a largo plazo, Don Evaristo habló:
–He decidido no construir la fábrica, porque he entendido lo importante que es la selva para ustedes, y no podría soportar pensar el daño que les causaría . Pero entonces, dejaré sin trabajo a muchos hombres que, como ustedes, tienen familia. ¿Cómo podrán mantenerlas?
La lechuza, pensativa, comentó:
–Podría armar una reserva natural aquí, que proteja y cuide el ambiente, y organizar safaris fotográficos, con turistas. Nosotros nos comprometeríamos a ayudarlo, dejándonos filmar y fotografiar.

Y así fue como el monte, detrás de la cascada, se convirtió en reserva y en el mejor lugar para fotografiar animales. Es común verlos al amanecer, peinando sus pelajes, esponjando sus plumas y lustrando sus cueros, para salir brillantes y lucirse en cada toma.

Micaela I. Álvarez, Yésica Y. García, Sharon E. Maciel, Franco J. Marsó,
Evaristo A. Ochoa, Rodrigo A. Peralta , Germán A. Roldán, Rosana Santos Huanaco,
Sofía B. Valenzuela y Selena A. Vallejos
Ilustraciones: © Natalia Volpe

ÍNDICE

PALABRAS INTRODUCTORIAS 03

HOMENAJE A GUSTAVO ROLDÁN

EL OJO DEL TIGRE 11
Gustavo Roldán

EL HOMBRECITO VERDE Y SU PÁJARO 23
Laura Devetach

LOS DUELISTAS 35
Ema Wolf

LA BOCA DEL LEÓN 47
Ricardo Mariño

CUENTOS PREMIADOS

PRIMER PREMIO

PREGUNTOSIS 61

Agustina Alfieri - Franco Cancelarich
María Celeste Deheza
Abigail Mamani - Martina Marchetti
Jalil Ocaño - Agostina Romero
Tomás Salmi - Rocío Totis

Taller literario municipal "Barriletes en vuelo" . Colonia Caroya, Córdoba

SEGUNDO PREMIO

LA TORTA UNIVERSAL 69

Ema Victoria Lorenzi Castro
Fidel Camilo Lorenzi Castro -
Bautista Maders

Cuento escrito en familia. Ciudad de Córdoba

MENCIONES

¿POR QUÉ SE VA EL SOL? 79

Hilda Lorena Cornú

Escuela Finca La Argentina. La Unión, Salta

EL BILLETE 80
Milena Luna Ferstl
Upsala College. El Calafate, Santa Cruz

LAS LOCAS RESPUESTAS DE JUAN MANUEL 82
Marcos Álvarez - Ariana Álvarez - Kevin Rivero - Pamela Villanueva
Taller literario municipal "Barriletes en vuelo". Colonia Caroya, Córdoba

¿POR QUÉ SE APAGAN LAS ESTRELLAS? 84
Yenifer Sara Caro
Escuela rural Nº3 Damián Amaya Ortiz. San Javier, Río Negro

PERSIGUIENDO NUBES 87
Anahí Láinez
Cuento escrito en familia. CABA

ABUELA DELIA 89
María Ariza - Micaela Gordon - Carmela Ibarra - Nicole Lisarbe - Alejo Martocci - Micaela Quiñones
Biblioteca Popular La Chicharra. La Plata, Buenos Aires

UNA EXTRAÑA AVENTURA DE UN ÑANDÚ AZUL CON PICO COLORADO 91
Agustina Boerr - Valentina Gómez
Martina Gualtieri - Danna Mindiuk
Escuela NEA 2000. CABA

LA GUERRA DE LOS ANIMALES 93
Micaela I. Álvarez - Yésica Y. García
Sharon E. Maciel - Franco J. Marsó
Evaristo A. Ochoa - Rodrigo A. Peralta
Germán A. Roldán - Rosana Santos
Huanaco -Sofía B. Valenzuela -
Selena A. Vallejos
Escuela rural Nº7. Gral. Rodríguez, Buenos Aires

ARGENTINA NOS INCLUYE

PLAN NACIONAL DE LECTURA

eduNHI ESCUELA DE ARTE

Programa Nacional de Educación Arte y Cultura

Asociación Madres de Plaza de Mayo

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.